

LIBRO DE NUESTRO PADRE SAN ORSISIO¹

Introducción

Las recientes publicaciones de que han sido objeto los documentos que forman el *Corpus Pachomianum*, permiten hoy valorar mejor la espiritualidad del Fundador y el alcance de su misión carismática, como primer organizador de la vida cenobítica. Desde la antigüedad conocía el Occidente las *Reglas y Preceptos*, traducidos por san Jerónimo al latín, juntamente con algunas cartas de san Pacomio y de su discípulo Teodoro, y el “*Liber Orsiesii*”². La edición de las *Catequesis* de Pacomio Teodoro y Orsio ha completado ese cuadro, dando una idea más exacta de la doctrina y espiritualidad de los medios cenobíticos primitivos. Las *Vidas* coptas y griegas, que ya cuentan con ediciones críticas y aun han sido casi todas ellas traducidas al francés, permiten conocer la vida diaria de los monasterios y ubicar la doctrina de sus Padres y Maestros en el contexto de las comunidades³.

Es posible ya hacer una síntesis más objetiva del movimiento pacomiano, de lo que era posible hace 50 años, cuando se iniciaron los trabajos que conducirían al actual florecimiento de los estudios pacomianos. Consiguientemente, el *Liber Orsiesii*, aunque conocido desde antiguo, es como re-descubierto en toda su profundidad, al ser leído relacionándolo con los demás documentos. La urgencia de su tono, el acento personal, casi patético, responden a circunstancias concretas que ahora conocemos y apreciamos mejor. Esto es una prueba de la riqueza admirable de una obra que después de tantos siglos sigue siendo actual, pues enfrenta el problema de la vida monástica de ayer y de siempre: mantenerse en la fidelidad a la vocación divina, sin desmayar en el esfuerzo ni desnaturalizar el depósito confiado.

1. La espiritualidad pacomiana

El P. Heinrich BACHT, sj, ha publicado numerosos estudios sobre este tema. En gran parte se debe a él la reconsideración de la actitud tradicional frente al monacato pacomiano, aquella que sólo veía en los primeros cenobitas el producto de un espíritu geométrico y con sentido práctico, con genio de organizador, más que el efecto de la irradiación espiritual que emanaba de la personalidad del fundador. Con él, en efecto, comienza la vida cenobítica, no como la contrapartida ordenada y disciplinada de la

¹ Introducción, traducción y notas de Martín DE ELIZALDE, osb. Monasterio Santa María, Los Toldos, Pcia. de Bs. As. Argentina. Publicado en *Cuadernos Monásticos* ns. 4-5 (1967), pp. 173-244.

² Ed. A. BOON: *Pachomiana Latina*, Louvain, 1932. Bibliografía indicando las ediciones modernas de los textos en: H. BACHT: *Pakhôme et ses disciples*, en: *Théologie de la Vie Monastique*, Paris, 1961, pp. 39-71 (= BACHT), p.42.

³ F. HALKIN: *Sancti Pachomii Vitae Graecae*, Bruxelles, 1932, p. 105+, observa la dificultad que presenta el discriminar debidamente los diversos elementos en la hagiografía pacomiana. En cuanto al P. BACHT, puede reprochársele el poco uso que hace de las *Vidas*, que si bien no son tan exactas históricamente, concuerdan con el ambiente espiritual que se puede deducir de las *Catequesis* y las *Reglas*. L. TH. LEFORT: *Les Vies coptes de S. Pachôme et de ses premiers successeurs*, trad. fr., Louvain, 1943 (= *Vies coptes*) estudia en la *Introducción* (pp. XIII-XCI) todos los textos biográficos existentes. A.-J. FESTUGIÈRE: *Les Moines d'Orient*, t. IV, 2: *La première Vie grecque de S. Pachôme*, Paris, 1965 (= FESTUGIÈRE) rechaza en la *Introducción* (pp. 5-157) algunas de las afirmaciones de LEFORT, sobre todo la dependencia de la I *Vida griega* (= G1) de alguno de los textos coptos conocidos, y estudia a G1 en relación a éstos, comparando capítulo por capítulo las diferentes versiones. Presenta el estado actual de la cuestión A. VIELLEUX: *Le problème des Vies de S. Pachôme*, en: *Revue d'Ascétique et de Mystique* 42 (1966) 287-305. Por nuestra parte, nos referimos en este trabajo a las traducciones francesas de LEFORT y FESTUGIÈRE, que son las versiones más difundidas y están prácticamente al alcance de todo el que desee consultarlas. Dichas traducciones traen la numeración de los capítulos y además la foliación según los manuscritos (LEFORT) o la edición HALKIN (FESTUGIÈRE). Para simplificar la presentación citamos según la página de dichas traducciones francesas, aunque para G1 hemos cotejado la versión con el original.

cohorte anárquica de solitarios, sino como la orientación del esfuerzo ascético y la búsqueda de la soledad, por Dios, dentro de los cauces de la fraternidad, de la *Koinonía*⁴.

La vida cenobítica no era para Pacomio la simple ordenación del hecho monástico. Evidentemente, la iniciativa pacomiana suponía ya la vida monástica, a la cual quería encauzar dentro de ciertas normas o modalidades para enriquecerla con un elemento hasta entonces poco frecuente en la temática monástica: la fraternidad, como realización del verdadero ideal cristiano, imitando a la comunidad de Jerusalén⁵. Este tema será vigorosamente retomado por Orsio en su Testamento, del cual el P. de Vogüé ha hecho un bello comentario desde esta misma perspectiva⁶.

El P. Bacht agrupa las grandes líneas de la espiritualidad pacomiana bajo tres títulos, que son: 1. la referencia a la sagrada Escritura como fuente de su vida y de su enseñanza, 2. la actualidad de los escritos, que “presentan una afinidad sorprendente con el comportamiento del monacato en la Iglesia hasta nuestros días”, 3. la independencia con relación a la teología ascético-mística de Evagrio Póntico, por lo que la espiritualidad pacomiana representa una forma independiente, menos expuesta a la influencia de los filósofos, más pura, menos complicada⁷.

El cenobitismo pacomiano, a pesar de su rígida organización en lo material y de la estricta comunidad de vida que imponía, no debe ser considerado como opuesto al ideal de los primeros monjes en los desiertos de Egipto. Al contrario, aseguraba a los religiosos, dentro del marco de la observancia, la soledad y el silencio. Hay continuidad entre la vida de los primeros Padres, en las *Lauras*, y agrupaciones semi-eremíticas, y la organización pacomiana, cuya evolución, partiendo desde un origen muy tradicional, se puede apreciar en las *Vidas* del santo que refieren sus comienzos en la “*conversatio*” monástica⁸.

Los monjes pacomianos veían además con gran claridad el lugar especial que los Padres y Mayores ocupaban en la transmisión (*tradición*) y mantenimiento de la doctrina monástica. La figura de Pacomio era contemplada con veneración no sólo por sus cualidades humanas, sino porque era un carismático, un hombre de Dios. Su vida, sus enseñanzas eran el ejemplo al cual se debía volver cuando decaía el fervor, cuando entraban elementos disolventes del espíritu que debía reinar en los monasterios. Vemos en el *Testamento* de Orsio cómo éste hace hincapié en ese argumento, incitando a sus monjes a hacerse dignos de semejante padre.

Los sucesores de Pacomio, Petronio, Orsio, Teodoro, y otros monjes venerables por su santidad, eran vistos por las generaciones sucesivas como ejemplos luminosos de la “*conversatio*” monástica. Las *Vidas* hablan de ellos con acento cálido y emocionado.

El recuerdo de tan ejemplares orígenes era necesario, porque -como el mismo Pacomio lo había previsto- los monasterios no se mantendrían en el nivel espiritual de los comienzos. El enriquecimiento, que entristecía a Teodoro⁹, traería como consecuencia la desaparición de la pobreza, virtud monástica, con su secuela de abusos y mundanización,

⁴ Cf. BACHT, pp. 39-40; cf. p. 56.

⁵ *Ib.*, p. 57; *Liber Ors.* 27; *Vies coptes*, p. 186, y etc.

⁶ A. de VOGÜÉ: *Le monastère, Église du Christ*, en: *Studia Anselmiana* 42 (1957), pp. 25-46; pp. 28-37: sobre el *Libro* de Orsio.

⁷ BACHT, pp. 40-41.

⁸ P. ej., FESTUGIÈRE, pp. 162-171.

⁹ FESTUGIÈRE, p. 241; cf. *ib.*, p. 177.

despreocupación de los superiores por los religiosos y acaparamiento por éstos de bienes en propiedad. Pacomio tenía una clara conciencia escatológica: el final se acerca y sus monjes deben ser hallados dignos, como las vírgenes prudentes. Sin embargo, temía que no fuera así. Dos párrafos de la primera catequesis, editada por Lefort, ilustran este concepto:

“Amados míos, manténganse firmes en el combate, porque se acerca el tiempo y los días están contados (cf. *Mt* 24,22). Ya no hay más padres para enseñar a los hijos, ni hijos que obedezcan a los padres (cf. *Mi* 7,6). Las jóvenes prudentes han desaparecido (cf. *Am* 8,13). Los santos Padres han muerto todos. Ya no hay madres ni viudas, y nosotros somos como unos huérfanos (*Lm* 5,3). Se pisotea a los humildes, los pobres son golpeados en la cabeza. Falta muy poco aún para que estalle la cólera de Dios (cf. *So* 2,2) y seamos visitados, y no habrá nadie para consolarnos (cf. *Sal* 68[69],21). Todo esto nos ha sucedido porque no hemos hecho penitencia”.

La conclusión de la misma catequesis parece aplicar la lamentación y la advertencia al estado de las comunidades:

“Así, por tanto, hermanos, combatamos contra nosotros mismos. Saben que las tinieblas aparecen por todos lados. Las iglesias están llenas de gente desfalleciente y angustiada. Las comunidades de monjes están llenas de celos. El orgullo reina como señor. Ya nadie respeta a su prójimo (cf. *Mi* 7,2). Estamos sumergidos en la aflicción. Ya no hay profeta ni sabio. Nadie puede convencer a otro porque la dureza de corazón prevalece, mientras que los sabios callan a causa de la maldad de los tiempos (cf. *Am* 5,13)”¹⁰.

Y el P. Bacht comenta estas palabras diciendo que muestran “un Pacomio visionario, que mira hacia el porvenir con tristeza y temor, y que llama a los suyos a la conversión con profética audacia”¹¹.

La declinación en la observancia comenzó en vida de Pacomio. La desgracia de Teodoro - su “gran tribulación”¹²-, las faltas de silencio¹³, son muestra de ello, pero lo manifiestan además las visiones terribles del santo:

“Tengo conciencia que, después de mi muerte, será el destino de los hermanos el no encontrar quién pueda consolarlos en el Señor como se debe, y aliviarlos en sus sufrimientos”¹⁴.

La pobreza que, según el *Libro* de Orsio, revestía tan gran importancia y era tan gravemente atropellada en los monasterios, era un bien espiritual sumamente positivo. Un largo extracto de la catequesis de Teodoro, citada por el P. Bacht¹⁵ realza la unión

¹⁰ L. Th. LEFORT: *Oeuvres de S. Pachôme et de ses disciples*, Louvain, C.S.C.O. 159; tr. fr. 160, pp. 21 y 25. Cit. por BACHT, pp. 54-55. Cf. *Vies coptes*, pp. 402-403.

¹¹ BACHT, p. 55.

¹² FESTUGIÈRE, p. 216.

¹³ *Ib.*, p. 205; cf. la actitud energética de Pacomio para con unos hermanos que pecaron: *Vies coptes*, pp. 186-187.

¹⁴ FESTUGIÈRE, p. 197.

¹⁵ BACHT, p. 59; cf. *Vies coptes*, p. 216 ss.; pp. 394-395: *Carta* de Teófilo de Alejandría a los monjes: “Recuerden por quien han abandonado sus riquezas. Han desechado hasta los cabellos de su cabeza; se han vestido con una túnica y un (hábito) humildes; han renunciado a la saciedad del vientre y han elegido el ayuno que los conduce a todas las virtudes. Recuerden que han abandonado a sus padres, sus hijos, sus hermanos, su parentela ¿Por qué o para qué? ¿Es que se los han quitado? ¿O acaso se los ha privado de ellos? No, sino que ustedes mismos han renunciado. Han abandonado todo; se han entregado a Dios con fe y esperanza. En cambio, escuchen ahora el reverso de todo aquello: en vez de casa, el reino de los cielos; en vez de jardines y campos, el paraíso; en vez del ayuno, el árbol de la vida; en vez del olor del ayuno en su boca, el perfume del santuario; en vez de ropas calientes y cómodas, es revestirán de

estrecha que hay entre la carencia de bienes de este mundo y el sufrimiento en la vida presente con la consolación y las riquezas que se encuentran en el militar para Cristo y en el premio esperado, “de modo que las penas del momento actual no son bastantes, en comparación con la gloria que aparecerá en nosotros”.

Todos estos males hubieran podido evitarse estrechando el vínculo de la santa *Koinonía*, cuyo principio absoluto es la caridad: “En la teología monástica de Pacomio y de sus discípulos, el ideal del amor de Dios y del prójimo es el centro y la razón de ser de todos los esfuerzos virtuosos”¹⁶. Esta caridad se expresaba en la regla áurea, interpretada por Pacomio: “Que todos te aporten un bien, para que tú aportes un bien a todos”¹⁷. Motivo sublime, el de la caridad, que hace de las comunidades pacomianas, según aparecen en sus textos capitales, independientemente de lo que hayan podido realizar históricamente, una realidad plenamente insertada en la vocación evangélica, sin grandes pretensiones, con el solo y meritorio esfuerzo de ser cristianos, y nada más. Como diría Orsio: “Nosotros somos unos laicos sin importancia...”¹⁸.

2. Orsio

No se ha escrito hasta ahora un estudio biográfico completo sobre el sucesor de Pacomio al frente de la Congregación¹⁹. Pero entretanto, de los testimonios dispersos en el *Corpus Pachomianum*, podemos sacar algunos datos y tentar una síntesis sobre la vida y la personalidad del autor del “Libro” que presentamos. No pretende este bosquejo ser exhaustivo, sino tan solo señalar aquellos jalones principales en su vida que nos permitirán establecer la cronología, y completar la figura espiritual y moral que resalta ya tan claramente de su *Testamento*. Hacemos aquí abstracción del problema -nada despreciable, por cierto- sobre la autenticidad e historicidad de las *Vidas* y demás escritos²⁰. Mientras que G1 es un texto completo, los fragmentos coptos publicados por Lefort, se reconstruyen con dificultad. G1 termina con la muerte de Teodoro y la reasunción del régimen de la Congregación por Orsio, pero algunos textos coptos continúan hasta la muerte de éste. Es sin embargo muy difícil valorar críticamente las afirmaciones de todos estos textos²¹.

El arzobispo Teófilo de Alejandría, cuyas relaciones con los monjes son bien conocidas²², habría recibido a Orsio, el cual, respondiendo a una pregunta del prelado, habría dicho que vestía el hábito monástico desde hacía 66 años. Teófilo ocupó la sede alejandrina entre 385 y 413, y según el cálculo de Lefort la entrevista debió tener lugar en 387. O sea que en 321 Orsio habría recibido el hábito²³. Pacomio se habría retirado al desierto a los

gloria y de luz en los cielos; en vez del frío y del calor, el aire sereno de la ciudad del Señor; en vez de hijos, de hijas, de hermanos, de padre o de madre, o de parentela, los ángeles y los arcángeles; y en vez de rentas y piedras preciosas, en vez de oro y de plata, la corona de Cristo... Al que concluya bien su combate, se le dará más de lo que hemos dicho, pero el que sea vencido, será presa de las fieras que se encuentran en el camino”.

¹⁶ BACHT, p. 71.

¹⁷ *Ib.*, p. 67.

¹⁸ *Vies coptes*, p. 392.

¹⁹ Si se exceptúa el trabajo de H. BACHT: *Studien zum Liber Orsiesii*, in: *Hist. Jahrbuch* 77 (1958) 98-124, que no hemos podido consultar.

²⁰ Las obras de Orsio y sus ediciones se encuentran enumeradas en BACHT, p. 43, n. 7. El mismo BACHT agrega (p. 44) la sugerencia que los “Praecepta et Instituta” de Pacomio sean en realidad obra de Orsio. En la serie alfabética de los *Apophthegmata Patrum*, hay dos atribuidos a Orsio (PG 65,316), que proceden de FESTUGIÈRE, pp. 223-224 y 228.

²¹ Sobre la hagiografía pacomiana, ver: HALKIN, o. c., pp. 88+-105+. Cf. *supra*, nota 19.

²² Hay apotegmas atribuidos a él en la serie alfabética: PG 65,197-201.

²³ *Vies coptes*, p. 393; cf. *ib.*, p. LXXXII.

21 años, aproximadamente en 307²⁴. Hasta la muerte del fundador en 346, es decir durante 25 años, Orsio vivió bajo la conducción de Pacomio, el cual le apreciaba y le había nombrado superior de Chenoboskion, siendo aún joven religioso²⁵. Cuando Pacomio enfermó hizo venir a Pbow, su residencia, a Orsio, “hombre poderoso en la fe, humilde y bueno”, para que consultara a los hermanos sobre la elección de su sucesor. Al fin, ante la indecisión de los monjes, nombró Pacomio a Petronio, que residía en el monasterio de Tsmén. Falleció Pacomio el 9 de mayo de 346, y poco después fallecía el abad Petronio, su sucesor, el 21 de julio del mismo año. Petronio antes de morir designó como superior a Orsio. Era éste extremadamente bueno y humilde, y edificaba a los hermanos. Sobre todo, parece haber tenido el don de la palabra, puesto que hablaba a menudo a los hermanos reunidos, y éstos escuchaban admirados. Sus dotes debían ser grandes, porque Pacomio le había alabado, y Teodoro, coadjutor de Orsio, considerado como un segundo Pacomio por su santidad, quedaría siempre adicto a él²⁶. Sin embargo, la regularidad descendía. Un anciano, Apolonio, superior de Monkosis, quiso separar su monasterio de la Congregación. Comenzaban los enfrentamientos entre las comunidades, minadas interiormente por defectos de observancia. Orsio, al ver su autoridad discutida, prefirió renunciar y retirarse; aunque se había propuesto soportar esas aflicciones hasta la muerte, designó a Teodoro coadjutor, el mismo que fuera el discípulo amado de Pacomio, y al que Teófilo de Alejandría comparara con Juan el Virgen²⁷. Esto debe haber ocurrido en 351, puesto que en su primera instrucción a los hermanos, Teodoro dice que no habían transcurrido aún cinco años desde la muerte de Pacomio²⁸.

Orsio se retiró a Chenoboskion, su antiguo monasterio; Teodoro iba allí a menudo a consultarlo, porque siempre se consideró su vicario y coadjutor. Una vez, incluso, hizo venir al anciano hasta el monasterio de Pbow para que hablara a los hermanos. En esa ocasión, Teodoro escuchaba humildemente, como un hermano más. Orsio y Teodoro vivían, en todo, en unión de corazones y de inquietudes. Después de la muerte de Teodoro, cuya fecha puede fijarse en los años 366, 368 o 371²⁹, retomó Orsio el gobierno de la Congregación por un largo tiempo, En este punto termina la *I Vida Griega*. La *IV Vida Griega* refiere la muerte de Orsio con una frase convencional, tomada de la Escritura: “Y fue a descansar con sus Padres” (Si 47,23). Las *Vidas coptas* editadas por Lefort llegan algo más lejos³⁰. Sobre todo, la entrevista del arzobispo Teófilo con Orsio es interesante por las noticias que da sobre la mentalidad del Superior de la Congregación. En el curso del diálogo el anciano rechazó la ordenación sacerdotal, diciendo: “Tenemos todo lo que necesitamos, gracias a los que vienen a nosotros” (es decir, los clérigos que se hacen monjes, o tal vez los clérigos de paso por los monasterios). Las preguntas de los diáconos Fausto y Timoteo, que se encuentran a

²⁴ *Ib.*, pp. 51, 53, etc.; FESTUGIÈRE, pp. 161-162.

²⁵ FESTUGIÈRE, p. 224.

²⁶ *Vies coptes*, pp. 219-220. Teófilo de Alejandría sentía veneración por él, como lo demuestra el extraño suceso relatado en *Vies coptes*, p. 389, de incierto valor histórico.

²⁷ *Ib.*, pp. 389-390; elección de Teodoro: *ib.*, pp. 324 ss. Sin embargo, algunos textos omiten toda mención de Teodoro y como si hubiera habido una disensión en la Congregación, dividida entre ambas figuras, cf. *ib.*, p. 400 y nota 3. Lo cual se explicaría por el episodio de la “gran tribulación” de Teodoro, en que éste se dejó tentar por algunos ancianos durante una enfermedad de Pacomio, y concibió la aspiración de sucederle al frente de la Congregación. Lo supo el Padre y castigó al monje, que era, a pesar de todo, su preferido. Ver el relato en FESTUGIÈRE, p. 216. Otros textos señalan la unanimidad que reinaba entre Orsio y Teodoro, como la carta de S. Atanasio a Orsio, después de la muerte de Teodoro: “... Teodoro se encuentra aun entre ustedes, es decir, el que conocemos, Orsio, puesto que los dos no son sino uno” (*Vies coptes*, p. 233). La misma idea en G1 (FESTUGIÈRE, p. 244) que reproduce la carta con algunas variantes (cf. la Introducción, *ib.*, pp. 69 ss., que compara ambas versiones. Pero habría que recurrir al original Bo, y no sólo a la traducción LEFORT).

²⁸ FESTUGIÈRE, p. 231.

²⁹ HALKIN, o. c., p. 23+.

³⁰ Bo: *Vies coptes*, pp. 230 ss.; S^{3b}, *ib.*, pp. 346 ss.; 521; *ib.*, pp. 389 ss.; S15, *ib.*, pp. 400 ss.

continuación en la edición de Lefort, dan ocasión a Orsio para exponer algunos puntos de la Escritura y relatar hechos referentes a la historia de la Congregación y a la vida monástica. Así nos enteramos que Orsio debía utilizar intérprete para hablar con los griegos; sus ideas sobre varios temas teológicos y su amor por la pobreza: “Si las iglesias que existen no son suficientes para las necesidades del pueblo, es bueno construir; pero si bastan, vale más dar limosna a los pobres que adquirir renombre construyendo una iglesia”³¹.

El “verdadero Israelita”, Orsio, en el estado presente de nuestros conocimientos desaparece sin dejar trazas después de 387. Su sucesor parece haber sido *Apa Besarion*. Según refiere un texto editado por Lefort, le habría sido dicho en una visión a nuestro biografiado:

“Mi querido Orsio, me juré a mí mismo, a mi Padre y al Espíritu Santo que te haría ante mí, más grande que todos los monjes: digno de respeto con los profetas y los santos apóstoles, sin que nadie (te) ponga obstáculo en mis moradas. Mira a los profetas: vales tanto como ellos en cuanto a la profecía; mira a los apóstoles: tú eres para mí su equivalente; mira a los mártires: eres como ellos un mártir coronado; mira a los anacoretas: vales lo que ellos por la ascesis; mira a las vírgenes: eres virgen desde tu infancia; mira a los monjes: ninguno te supera, salvo Pacomio, de quien eres hijo”³².

Con este admirable elogio, puesto en boca de Cristo, de aquél que el mismo Pacomio llamó “lámpara de oro en la casa del Señor”³³, terminamos esta rápida semblanza del autor del *Libro*, cuyo contenido analizaremos ahora brevemente.

3. *El Libro de Orsio*

El “Libro” es un largo discurso, tal vez dictado en los últimos momentos del anciano superior. Se advierten en él los temas que hemos subrayado más arriba en la exposición sobre la espiritualidad pacomiana. Hay que hacer resaltar el amor que había en ese medio monástico por las conferencias espirituales en las que se explicaba la sagrada Escritura, y de que son ejemplo numerosos relatos en las *Vidas* y las *Catequesis* conservadas. Estas conferencias, así como la meditación continua de la Escritura, de práctica entre los pacomianos³⁴, están emparentadas con la forma y el contenido del “Liber”.

En las *Vidas coptas* se reproduce un sermón que nos resulta difícil saber con exactitud en boca de quién está, porque el texto se encuentra mutilado aunque podría atribuirse a Orsio. En todo caso, la semejanza con el *Libro* (c. 7) es notable. Helo aquí:

«Veo entre ustedes a muchos a quienes preocupa el pensamiento de la carne, Y dijo a cada uno aquello en lo que había pecado, puesto que muchos de ellos habían caído en la impureza del cuerpo. (Y continuó:) Porque aunque permanecen en la ascesis y los ejercicios, su boca exhala el olor del hambre y de la sed, porque no han hecho suyo lo que está escrito y lo que dice el Apóstol: “No gusten, no se acerquen” (*Col 2,21*). ¡Pobres de nosotros, hermanos! ¡Pobres de nuestros sucesores, perqué no encontrarán a nadie

³¹ *Vies coptes*, pp. 392 ss.

³² *Ib.*, p. 404.

³³ FESTUGIÈRE, p. 224.

³⁴ *Praecepta Pachomii* 49 (p. 25); 122 (p. 46); 139, (p. 49); etc. FESTUGIÈRE, p. 205: (Teodoro) subió a la terraza para repetir lo que había memorizado de las Escrituras; y *passim*.

para que les diga una sola palabra de utilidad, sino más bien toda clase de palabras ociosas! ¡Pobre de mí, si llegara a suceder a los hermanos que vendrán después de nosotros, lo que el Espíritu Santo me ha revelado! Vendrá un tiempo en que los que gobernarán estos lugares abrogarán las leyes que nuestro Padre nos dictó para que las observemos exactamente; el tiempo en que todos los que los vean (a los monjes), se burlarán de ellos; ¡Veán a los hijos del Padre! Comen, beben, engañan, se divierten, se dejan llevar por la avaricia, no tienen amabilidad; se hacen túnicas y cogullas variadas, usan zapatos cómodos, se fabrican anillos para sus hermanos ociosos, corren como gacelas; los hermanos pobres lloran y suspiran por sus necesidades, se los carga con trabajos pesados”³⁵.

El P. de Vogüé, en su artículo citado, indica como objeto del *Libro* de Orsio, el enfrentar una crisis interna que ponía en peligro la vida común por el abandono de la pobreza. Los superiores abandonaban a sus religiosos, y éstos buscaban su bienestar personal más que el bien espiritual común. El objeto de la exhortación del anciano es, por tanto, reafirmar la santa *Koinonía*. La identificación que hace entre la comunidad monástica, y la Iglesia, utilizando las imágenes bíblicas que de ordinario se refieren a la Iglesia: pueblo de Dios y viña, comunidad apostólica, constituye la parte positiva, constructiva, diríamos, del *Testamento* del anciano, en la cual define al monasterio. Esta conciencia de que la comunidad es un bien, un verdadero sacramento, que no puede ser profanado, es lo que da a nuestro *Libro* su tono de urgencia y de convicción, Muchos temas comunes a la tradición monástica se hallan esbozados en esta obra.

La conclusión del *Libro* es que el monasterio es la familia, de Dios y su pueblo, la viña santa; realiza el ideal de la *Koinonía*, cuyo modelo es la comunidad de Jesús con sus apóstoles, y que consiste en la participación de los bienes y en la igualdad de todos los miembros, como signo de la caridad. Es el templo de Dios en el que habita el Espíritu Santo, y que ningún robo sacrílego, ningún comercio, deben profanar. Es la iglesia misma de Dios; su jerarquía es comparable a la de la Iglesia, su fundador es comparable a Moisés y al Apóstol, su regla lo es a la tradición eclesiástica entera³⁶.

Unión de los hermanos con un vínculo sagrado, constituyendo un cuerpo divino, asemejado al que lo es, místicamente, de Cristo: la Iglesia, el monasterio según Orsio realiza la idea pacomiana, condensándola con hermosa precisión.

4. Nuestra traducción

Vertimos al castellano según la edición crítica de A. BOON: *Pachomiana Latina*, Louvain 1932, de la traducción latina de san Jerónimo, hecha a su vez sobre una traducción griega... Se trata de la traducción de una traducción, y por ello muchos giros y expresiones pueden haberse perdido completamente. Seguimos fielmente el texto latino, aunque tratando que resulte un castellano fluido, y no trabado por el literalismo. En el texto indicamos las referencias a la sagrada Escritura y a las *Reglas y Preceptos* de Pacomio, tal como se encuentran en la edición Boon. Por nuestra parte, agregaremos los subtítulos y algunas breves notas, no muchas, a modo de comentario.

Esperamos que esta pequeña contribución al conocimiento de nuestra común tradición monástica, y que abarca tanto al Oriente como al Occidente, sea de provecho para las

³⁵ *Vies coptes*, pp. 402-403.

³⁶ A. de VOGÜÉ, o. c., p. 36.

almas de los que lean y mediten este hermoso texto. Y queda expresado el deseo -ya que esto es sólo un imperfecto principio, con mucho de improvisación- de que se profundice en el estudio de las fuentes, se las haga accesibles en traducciones fieles y en nuestras lenguas modernas, se las explique y sitúe, valorizando su contenido y su riqueza siempre actual.

Monasterio Santa María de Los Toldos, 10-V-67

Texto

LIBRO DE NUESTRO PADRE ORSISIO³⁷ ***que entregó a los hermanos como testamento, antes de su muerte***

Introducción. Invitación a escuchar

1. *Escucha, Israel, los preceptos de vida; atiendan tus oídos y aprende la prudencia. ¿Por qué te encuentras, Israel, en tierra enemiga? Envejeciste en tierra extraña, te manchaste con los muertos, te asemejaste a los que están en el infierno. Abandonaste la fuente de la sabiduría. Si hubieras marchado por el camino de Dios, habitarías en paz. Conoce, dice, dónde está la ciencia, dónde está la fortaleza de la gloria y el poder, dónde está la inteligencia, dónde la luz de los ojos y la paz. ¿Quién encontró su lugar? ¿Quién penetró en su tesoro? (Ba 3,9-15).* Así hablaba Baruc a propósito de los que fueron llevados cautivos a Babilonia, a la tierra de sus enemigos, porque no quisieron recibir las palabras de los profetas y olvidaron la ley de Dios, dada por Moisés. Por lo que Dios hizo venir penas y suplicios sobre ellos, y los humilló con el yugo de la cautividad: los enseñó como se enseña a algo propio, como un padre corrige a sus hijos, porque no quiso que perecieran los que corregía, sino que se salvaran por la penitencia (cf. *Ez 18,23; 33,11; 2 P 3,9*).

2. Por lo tanto y también nosotros debemos recordar las palabras del Apóstol: *Si no perdonó a las ramas naturales, tampoco nos perdonará a nosotros (Rm 11,21)*, que no cumplimos los mandamientos de Dios. *Esto les sucedía para que sirviera de ejemplo y fue escrito para corrección nuestra, en quienes llega el fin de los siglos (1 Co 10,11; cf. 10,6)*. Ellos fueron trasladados desde Judea hasta la ciudad de los caldeos, cambiando de país; y nosotros, si Dios nos encuentra negligentes, perderemos nuestra ciudad en la vida futura y seremos entregados a la esclavitud de los tormentos, dejaremos la alegría, perderemos el gozo eterno que nuestros padres y hermanos obtuvieron con el trabajo incesante.

3. No sobrevenga, entonces, el olvido, ni creamos que la paciencia de Dios es ignorancia, porque nos tolera y demora el juicio, esperando que nos convirtamos a una vida mejor y no debamos ser echados a los suplicios (cf. *Rm 2,4; 2 P 3,9. 15*). Si pecamos, no pensemos que Dios consiente a nuestros pecados, porque no se venga de inmediato; pensemos, más bien, que apenas salidos de esta vida, seremos separados para siempre de nuestros padres y hermanos, que poseen el lugar reservado a los vencedores (cf. *Ap 3,21*). Nosotros llegaremos igualmente a ese lugar si seguimos sus huellas (cf. *1 P 2,21*), y si consideramos que el apóstol Pablo también separa a los santos de los pecadores (cf. *1 Co 5,1-13*), y entrega a los que faltaron *a la muerte de la carne para que se salve el espíritu (1 Co 5,5)*.

³⁷ Texto Latino: edición crítica de Amand BOON: *Pachomiana Latina (= Pachomiana)*, Louvain, 1932, pp. 109-147. Traducción de Martín de Elizalde. Los Toldos.

Feliz el hombre que teme al Señor (Sal 111[112],1), y aquel a quien éste castiga para su corrección y le enseña la ley (Sal 93[94],12) para que cumpla sus mandamientos todos los días de su vida (cf. Dt 6,2); el cual no murmura por su pecado (Lm 3,39).

Invitación a examinar la conciencia

4. *Indaguemos también nosotros en nuestros caminos (Lm 3,40), y atendamos a nuestros pasos. Volvamos al Señor, levantemos nuestro corazón a lo alto, hasta el cielo (Lm 3,40-41), para que Él nos ayude en el día del juicio (1 Jn 4,17) y no seamos confundidos cuando hablamos con nuestros enemigos en las puertas (cf. Sal 126[127],5) sino que seamos dignos de escuchar aquello: Abran las puertas para que entre el pueblo que guarda la justicia y la verdad (Is 26,2). El que posee la sinceridad del corazón y tiene la paz, puede decir: En ti esperamos, Señor, por toda la eternidad (cf. Sal 30[31],2; 51[52],10). Recordemos al Señor, y pongamos a Jerusalén muy alto en nuestro corazón (Jr 51,50), y no olvidemos a aquél de quien se halla escrito: Feliz el hombre que confía en el Señor y que pone en Él su esperanza; se asemeja a un árbol plantado junto a las aguas y cuyas raíces tienden hacia las corrientes; no temerá la llegada del verano, sus ramas estarán cubiertas de verdor, y en el tiempo de sequía no temerá, y dará sus frutos. El corazón es malvado e inescrutable, ¿quién puede penetrar en él? Yo, el Señor, investigo los corazones y pruebo los riñones, para dar a cada cual según sus obras (Jr 17,7-10).*

5. *Acordémonos de nosotros mismos, y no olvidemos los pecados que cometimos. Repasemos con ánimo solícito los mandatos de nuestro Padre y de los que nos enseñaron³⁸; de manera que no sólo seamos creyentes en Cristo, sino también padezcamos por Él (Flp 1,29), conociendo el misterio, según está escrito: El soplo de nuestra nariz, el Señor, el Ungido (Lm 4,20); y también: Tu ley es una lámpara para mis pies y luz en mis caminos (Sal 118[119],105); y nuevamente: La palabra del Señor me dio la vida (Sal 118[119],50), e: Inmaculada es la ley del Señor y convierte las almas; el mandamiento luminoso del Señor ilumina los ojos (Sal 18[19],8-9). Por su parte, el Apóstol dice: La ley es santa, y el mandato es santo, justo y bueno (Rm 7,12). Si comprendemos esto seremos dignos de escuchar la palabra: Si el justo cae no perecerá, pues el Señor lo sostiene con su mano (Sal 36[37],24), y otra vez: Siete veces cae el justo, y se levanta (Pr 24,16).*

6. *Ahora por tanto, hermanos, contando con la paciencia de Dios que nos llama a la penitencia, despertemos de nuestro pesado sueño (Rm 13,11) y puesto que el demonio, nuestro enemigo, busca como león rugiente a quien devorar, y debemos resistirle con fortaleza, sabiendo que nuestros mayores sufrieron las mismas pruebas (1 P 5,8-9). No dejemos de esforzarnos y de sembrar las semillas de las virtudes, para poder cosechar alegrías en el futuro (cf. Sal 125[126],2). Escuchemos a Pablo, que nos enseña: Tú, que conservaste mi doctrina, mis enseñanzas, mi esfuerzo, mi paciencia, mis persecuciones (2 Tm 3,10). Siguiendo los ejemplos de los santos perseveremos en lo que comenzamos, teniendo como principio y fin a Jesús (Hb 12,2). Comprendamos qué cosa es el cabello de nuestra cabeza, para que haya unguento en nuestra barba y llegue al borde del vestido (cf. Sal 132[133],2), y podamos cumplir todo lo que está escrito (cf. Lc 21,22).*

³⁸ Es una característica del "Liber Orsiesii" el reclamarse de las enseñanzas de san Pacomio y sus discípulos inmediatos. Este mismo respeto por el Padre y los ancianos se advierte en los demás textos. Para G1, Teodoro es un auténtico hijo de Pacomio (FESTUGIÈRE, p. 230; *ib.*, p. 244). La decadencia de la Congregación comenzó a medida que fallecían los monjes ancianos y los jóvenes, que no habían conocido a Pacomio, ocupaban puestos de responsabilidad (FESTUGIÈRE, p. 241; *ib.*, p. 227).

Recomendaciones a los superiores

7. Por eso, oh jefes y prepósitos de los monasterios y casas, a quien están confiados los hombres, y junto a quienes están K e I y E y A³⁹, para decirlo así, en general; ustedes, a quienes están confiados los hombres en sus grupos respectivos, *esperen la venida del Salvador* (cf. *Tt 2,13*) y preparen ante su presencia al ejército con sus armas. No den (a sus hombres) el reposo corporal omitiendo darles los alimentos espirituales; ni les enseñéis tampoco las cosas espirituales, sin darles igualmente las corporales: los alimentos y el vestido. Den parejamente lo espiritual y lo material, y no les den ocasión de ser negligentes. ¿Qué clase de justicia es ésta, que probamos a los hermanos con el trabajo y nosotros nos entregamos al ocio? ¿O que los hacemos llevar un yugo que nosotros no podemos soportar? Leemos en el Evangelio: *Como midan, serán medidos* (*Mt 7,2; Mc 4y 24; Lc 6,38*). Así, por tanto, tengamos el mismo trabajo y descanso que ellos, y no consideremos a los discípulos como servidores. No nos alegremos con su tristeza, para que la palabra evangélica no tenga que reprendernos como a los fariseos: *Pobres de ustedes, maestros de la ley, que hacen pesos insoportables y los dan a llevar a los hombres, y ustedes ni siquiera se animan a tocarlos con un dedo* (*Lc 11,46; Mt 23,4*).

Los superiores no deben despreocuparse de los hermanos

8. Hay algunos que se esfuerzan por vivir de acuerdo a la ley de Dios, pero se dicen: “¿Qué tengo que ver con los demás? Me esfuerzo para servir a Dios y cumplir su ley, y no tengo por qué inmiscuirme en lo que los demás hacen”. A estos tales increpa Ezequiel, diciendo: *¡Pastores de Israel! ¿Acaso los pastores se apacientan a si mismos? ¿No deben más bien cuidar las ovejas? Beben la leche y se cubren con la lana; sacrificaron las ovejas que estaban bien y no confortaron a las débiles, no vendaron las quebradas ni hicieron volver a las que se habían alejado, ni buscaron a las que se habían perdido. A las fuertes, las agotaron con sufrimientos. Desparramaron mis ovejas, que estaban sin pastor* (*Ez 34,2-5*). Por eso el Señor llamará a juicio a los ancianos y jefes (*Is 3,14*); y se cumplirá en nosotros lo que está escrito: *Sus dirigentes los devastan y los hacen errar* (cf. *Is 3,12*). Y la tierra estéril escuchará: *Feliz la tierra cuyo rey es hijo de noble, cuyos príncipes comen para ganar fuerzas: no serán confundidos* (*Qo 10,17*).

9. Por lo tanto, oh hombre, no dejes de aconsejar y de enseñar lo que es santo hasta a la más pequeña de las almas a ti confiadas. *Muéstrate tú mismo como ejemplo de las buenas obras* (*Tt ,27*), y sobre todo cuida de no amar a uno y odiar a otro; muestra a todos el mismo aprecio, no sea que ames al que Dios odia y odies al que Dios ama. No consientas con el que yerra, por la amistad que le tienes, y no oprimas a uno y exaltes a otro, para que tu esfuerzo no sea vano (cf. *1 Ts 3,5*). Si los prepósitos de las casas se sientan en los lugares más humildes, en los cuales nuestro Padre mandó que no se sentaran⁴⁰; cuiden, no sea que uno de los hermanos falte contra un prepósito, y éste, airado, lo condene y le diga: ¿Qué me importa a mí un hombre que desprecia? Puede hacer lo que quiera, no es cosa mía; no lo aconsejo, no corrijo al que peca; que se salve o que perezca, no es cosa mía. Hombre que así hablas comprende que te dejaste llevar por la indignación, y que el odio ha ocupado tu corazón, de modo que el hermano parece al fin por tu culpa más que por su propio pecado. Debes perdonarlo y recibirlo a la penitencia, para poder decir

³⁹ Estas letras designan a las personas a las que Orsio quiere referirse, pero sin mencionar sus nombres. Podrían entenderse también como aquel lenguaje secreto que Pacomio había formado con letras, y en el cual se escribía con los superiores de los monasterios (FESTUGIÈRE, p. 212 y p. 213, nota; ejemplos en BOON: *Pachomiana Latina*, p. 93: Las cartas de san Pacomio).

⁴⁰ Cf. *Pachomiana, Praec. et Inst.* 18; p. 58.

aquella palabra evangélica: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Mt 6, 12). Si quieres que Dios perdone tus pecados, perdona tú también a tu hermano, cualquiera haya sido la ofensa que te hizo, recordando el precepto: *No odies a tu hermano en tu corazón* (Lv 19,17); y la advertencia de Salomón: *Levanta a tu hombre, por el cual te comprometiste* (cf. Pr 6,3), y otra vez: *No dejes de enseñar al niño; si lo castigas con la vara no morirá* (Pr 23,13). Escucha también a Moisés, quien dice: *Corrige a tu prójimo para no llevar su pecado* (Lv 19,17); y para que no suceda lo que advierte Salomón: *El que no dice a su hijo que se cuide de la perdición, perecerá pronto* (Pr 24,22 LXX).

La venida del Señor y el Tribunal de Cristo

10. Todos los que tienen hermanos a su cargo, prepárense para la Venida del Salvador, y para presentarse ante su terrible tribunal. Si dar razón de los propios actos es ya algo difícil, cuanto peor es sufrir el castigo por el pecado de otro, y *caer en las manos del Dios viviente* (Hb 10,31). Entonces no podremos aducir ignorancia, pues está escrito: *Dios traerá a juicio todas las acciones y todas las omisiones, lo bueno y lo malo* (Qo 12,14). En el Apóstol leemos: *Todos hemos de presentarnos en el tribunal de Cristo, para recibir según lo que obramos, bueno o malo* (2 Co 5,10). Isaías dice que *hay señalado un día, en el cual Dios juzgará a toda la tierra con justicia* (Hch 17,31; cf. Sal 9[10],8; 95[96],13; 97[98],9): *Viene el día del Señor implacable, día de furor y de ira, para convertir la tierra en desierto y hacer desaparecer de ella a los pecadores* (Is 13,9).

Sabemos por lo que se halla escrito en la ley y predijeron los profetas (cf. Rm 15,4), y nos enseñó nuestro Padre, que seremos llamados para dar razón de todo, por lo que no hicimos o hicimos con negligencia⁴¹. Dice pues Aquél *que recibió todo juicio del Padre* (cf. Jn 5,22) -y la Verdad es veraz (cf. Jn 16,13)-: *No crean que soy yo el que los acusa ante el Padre; el que los acusa es Moisés, en quien ustedes esperan. Si hubieran creído a Moisés, me creerían, porque él escribió sobre mí* (Jn 5,45-46).

11. Por todos esos testimonios se nos dice que un día *nos encontraremos ante el tribunal de Cristo* (Rm 14,10; 2 Co 5,10), y que seremos juzgados, no solo por los actos, sino también por los pensamientos; y que después de dar razón de nuestra vida, hemos de dar razón también de los que nos fueron confiados. No crean que esto se aplica a los preósitos, tan solo, sino que vale para los superiores y para todos los hermanos que son tenidos en algo entre los demás, *porque todos deben llevar su peso, para cumplir la ley de Cristo* (cf. Ga 6,2). Escuchen lo que el Apóstol escribe a Timoteo: *Timoteo, guarda el depósito de la fe, evitando las novedades profanas y la profesión de una ciencia falsa* (1 Tm 6,20). Nosotros recibimos de Dios un depósito, la vida de los hermanos; esforzándonos por ellos esperemos alcanzar los premios futuros, para que no se nos diga: *Deja a este pueblo, que se marche* (Ex 5,1; 7,16; 8,1,20; 9,1; etc.), y a los que abandonaron las enseñanzas de nuestro Padre: *Los que tienen mi ley no me conocieron, los pastores obraron impiamente conmigo* (Jr 2,8). Por lo que a otros reprocha, diciendo: *Puse mi heredad en tu mano, tú no tuviste piedad para con ella e hiciste más pesado el yugo de los ancianos* (Is 47,6). No solo debemos escuchar todas estas cosas, sino también comprender su significado, puesto que *el que ignora será ignorado* (1 Co 14,38); y en otro lugar está escrito: *Porque rechazaste la sabiduría, yo te rechazaré a ti, para que no seas mi sacerdote* (Os 4,6).

⁴¹ Cf. *Pachomiana, Praec. et Inst.* 13; p. 57; 17; p. 58.

Perseverar en la vida monástica

12. Hermanos muy amados, que siguen la vida y la disciplina del cenobio, manténganse en el propósito que abrazaron y cumplan la obra de Dios⁴². Para que el Padre, que instituyó, el primero, los cenobios, pueda decir al Señor, gozándose en nosotros: “Como les enseñé, viven”⁴³. Lo mismo que el Apóstol, cuando estaba todavía entre los hombres, decía: *Los alabo, porque en todo se acordaron de mí, y guardaron mis enseñanzas, como les dejé establecido (1 Co 11,2)*.

Solicitud de los superiores

13. También ustedes, superiores de los monasterios, sean solícitos y pongan toda su preocupación en los hermanos, con justicia y temor de Dios. No abusen del poder con soberbia; den el ejemplo (cf. *Tt 2,7; 1 P 5,3*) a todos y al rebaño que les está sometido, como nuestro Señor se hizo ejemplo en todas las cosas (cf. *Jn 13,15*), Él, *que hizo a las familias como ovejas (Sal 106[107],41)*. Apiádense del rebaño que se les confió, y recuerden el dicho del Apóstol: *No retrocedí, para no dejar de anunciarles la voluntad de Dios (Hch 20,20. 27)*; y también: *No dejé de exhortar a cada uno y de enseñar públicamente (Hch 20,31. 20)*. Miren cuánta compasión y misericordia había en el hombre de Dios, que no sólo *se preocupaba por las iglesias, sino que estaba enfermo con los enfermos y compartía los sufrimientos de todos (cf. 2 Co 11,28-29; Is 53,4)*. Evitemos que alguno sufra escándalo por nuestra negligencia, y caiga. No olvidemos las palabras del Señor Salvador, que dice en el Evangelio: *Padre, no perdí a ninguno de los que me diste (Jn 18,9)*. No despreciemos a nadie, no sea que alguno perezca por nuestra dureza. Si alguno muere por nuestra culpa, nuestra alma lleva el crimen de la que murió. Esto nos lo inculcaba sin descanso nuestro Padre⁴⁴, y amonestaba a que no realicemos nosotros aquella palabra: *Cada cual oprime a su prójimo (Mi 7,2)*, y también: *Si entre ustedes se muerden y devoran, cuiden de no aniquilarse unos a otros (Ga 5,15)*. Por lo que se ve claramente que *el que cuida del alma ajena, es guardián de la suya propia (cf. Pr 16,17)*.

14. También ustedes, segundos de los monasterios, muéstrense los primeros en las virtudes. Que ninguno perezca por culpa de ustedes. No caigan en el oprobio del que *comió y bebió con los ebrios, y no dio el alimento a sus consiervos en el momento oportuno; vendrá el Señor en el día en que no se lo espera, en la hora que ignora, lo separará y lo pondrá aparte, con los hipócritas, donde habrá llantos y gemidos (Mt 24,45. 49-51)*. Que no caiga sobre nosotros semejante castigo, sino que, *cuando llegue el momento del reposo (Hch 3,20)*, merezcamos oír: *Servidor bueno y fiel, porque fuiste honesto en lo poco, te pondrá a cargo de mucho; entra en la alegría de tu Señor (Mt. 25, 21. 23)*.

15. Ustedes también, prepósitos de cada una de las casas, *estén preparados para responder a todos los que les piden razón de su fe (1 P 3, 15)*. Amonesten a los indisciplinados, consuelen a los tímidos, sostengan a los débiles, sean pacientes con todos (*1 Ts 5,14*). Escuchen al Apóstol que dice: *Padres, no provoquen sus hijos a la ira, sino edúquenlos en*

⁴² “Opus Dei”, la obra de Dios, significa aquí la vida monástica en su conjunto.

⁴³ Según G1, Orsio recomendaba a los hermanos que “observaran las reglas que había redactado, *Apa* Pacomio mientras vivía, para la constitución del cenobio, así como los preceptos de los superiores, jefes de casas y segundos de los monasterios” (FESTUGIÈRE, pp. 226-227).

⁴⁴ Cf. *Pachomiana, Praec. et Inst.* 13; p. 57.

la disciplina y la enseñanza que vienen del Señor (Ef 6,4). Sepan que a quienes se ha dado más, más se les pide; y a quien se le ha confiado más, se le exige más (Lc 12,48). No piensen tanto en lo que les conviene a ustedes, sino en lo que conviene a los demás (cf. 1 Co 10,33). Para que no se realice en ustedes la Escritura que dice: *Porque buscan cada cual lo útil para su casa, el cielo contendrá su rocío y la tierra no dará fruto* (Ag 1,9-10), porque dirigieron contra mí sus palabras. En otra parte dice: *Porque no lo hicieron para uno de estos pequeños, y tampoco lo hicieron para mí* (Mt 25,45).

No preferir unos hermanos a otros

16. Lo digo de nuevo, y no dejaré de repetirlo: Cuidense de amar a unos y odiar a otros⁴⁵. No apoyen a éste y olviden a aquél, para que su trabajo no sea hallado inútil, y todo su esfuerzo perezca. Cuiden, no suceda que, al salir de este cuerpo, liberados del torbellino del mundo presente, cuando se crean llegados al puerto de la tranquilidad, les acontezca el naufragio de la injusticia, y sean medidos con la medida que habían medido (Mt 7,2; Mc 4,24; Lc 6,38) por aquél que *no hace acepción de personas al dar su juicio* (1 P 1,17; Dt 10,17). Si en las casas se hubiera cometido una falta mortal (cf. 1 Jn 5,16-17) o un hecho torpe por negligencia de los prepósitos, el prepósito será considerado reo de ese crimen, además de los propios. Todo esto nos lo solía enseñar nuestro Padre, de santa memoria⁴⁶.

Los superiores son pastores del rebaño

17. Por eso, guarde cada uno el rebaño que le ha sido confiado con toda cautela y solicitud. Imiten a los pastores de que habla el Evangelio, a los cuales no encontró dormidos sino despiertos el ángel de Dios que les anunció la venida del Salvador (cf. Lc 2,8-14). Éste, por su parte, dice: *El buen pastor da su vida por las ovejas; el que es mercenario, y no es el pastor, el dueño de las ovejas, ve venir al lobo y huye, abandonando el rebaño. El lobo las ataca y las devora, porque es un mercenario, y no le importan las ovejas* (Jn 10,11-13). El Evangelio de Lucas dice de los buenos pastores: *Estaban despiertos, velando durante la noche, atendiendo a su rebaño. El ángel del Señor se les apareció y los rodeó la gloria de Dios, y tuvieron miedo. El ángel les dijo: “No teman. Les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy ha nacido un Salvador, que es el Señor, el Ungido, en la ciudad de David. Y la señal de que tal cosa ha sucedido será que verán un niño, envuelto en pañales y reclinado en un pesebre”* (Lc 2,8-12). ¿Acaso eran ellos los únicos que estaban apacentando las ovejas en ese momento y seguían a su rebaño por los desiertos? Pero eran los únicos solícitos, y no hacían caso del sueño de la noche, que es una necesidad natural, por miedo de los lobos que estaban en acecho. Por ello merecieron oír los primeros lo que había sucedido cerca de donde se encontraban, mientras Jerusalén dormida lo ignoraba. Es por eso que David dice; *No dormiré el que custodia a Israel* (Sal 120[121],4). Del mismo modo, estén ustedes en vela con temor y temblor, obrando su salvación (Flp 2,12), y sabiendo que el Señor del Universo (cf. 2 M 14,35), de quien todos los hombres recibirán lo que les corresponde según sus obras (cf. 2 Co 5,10), se apareció después de la Resurrección solamente a los apóstoles, y dijo al primero de ellos, Pedro: *“Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?”. Respondió: “Señor, tú sabes que te amo”. Le dijo: “Apacienta mis ovejas”. Después le dijo nuevamente: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?”. Le respondió: “Sí, Señor, tú sabes que te amo”. Le dijo: “Apacienta mis ovejas”* (Jn 21,15-17). Por tercera vez le mandó que apacentara las ovejas, y

⁴⁵ Cf. *supra* 9.

⁴⁶ Cf. *Pachomiana, Praec. et Inst.* 13; p. 57; 17; p. 58.

con ello nos ordenó a todos nosotros que ejerciéramos este oficio, para que, apacentando con diligencia las ovejas del Señor, recibiéramos en el día de su visita (cf. *1 P* 5,2; *Is* 10,3), por nuestro trabajo y vigilancia, lo que nos prometió en el Evangelio, cuando dijo: *Padre, deseo que donde yo estoy, ellos estén conmigo (Jn 17,24)*, y otra vez dijo: *Donde estoy yo, allí estará mi servidor (Jn 12,26)*. Pensemos en las promesas y en el premio, realicemos con fe nuestro trabajo, *marchando como lo hizo el mismo Señor* (cf. *1 Jn* 2,6), que es quien prometió los premios.

Obediencia de los segundos de los monasterios

18. Ustedes que son los segundos de las casas, practiquen la humildad y la modestia, y consideren las órdenes de los mayores como la norma de la vida común, para que, al conservarlas, salven sus almas y sean semejantes al que dijo: *Mi alma está siempre en mis manos (Sal 118[119],109)*, *Glorifique el hijo a su padre (Mt 1,6)*, y se alegrarán en sus frutos: porque *sin obras* (cf. *St* 2,24) y frutos nadie gozará de la compañía del Señor. Cuando tengan frutos en el Señor, le tendrán a Él como *heredero y coheredero* (cf. *Rm* 8,17).

Obediencia de los hermanos

19. También ustedes, hermanos todos, que están sometidos en el orden de la espontánea servidumbre, lleven ceñidas sus espaldas y *tengan lámparas encendidas en las manos, como los servidores que esperan a su señor cuando llega de las bodas; para abrirle sin demora cuando llama. Felices aquellos servidores cuyo señor los encuentra despiertos a su llegada (Lc 12,35-37)*. Así será para ustedes, si el prolongado esfuerzo no produce en ustedes el cansancio: serán invitados al banquete celestial y los servirán los ángeles (cf. *Mt* 4,11). Estas son las promesas que aguardan a los que cumplen los mandamientos de Dios, estos son los premios futuros. *Alégrense en el Señor, nuevamente les digo, alégrense (Flp 4,4)*. Estén sometidos a los padres con toda obediencia (cf. *Ef* 6,1); *sin murmuración ni variedad de pensamientos*, alcanzando la simplicidad del alma para obrar bien (cf. *Flp* 2,14-15), para que, llenos de las virtudes y del temor de Dios, sean dignos de su adopción (cf. *Rm* 8,23; *Ga* 4,5). *Tomen el escudo de la fe, para rechazar con él las flechas ardientes del diablo, y empuñen la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Ef 6,16-17)*. *Sean prudentes como serpientes y simples como palomas (Mt 10,16)*. Escuchen a Pablo que dice: *Hijos, obedezcan a sus padres (Col 3,20)*, y alcancen la salvación de sus almas por aquellos que han sido puestos sobre ustedes. En otro lugar está escrito: *Sométanse a sus jefes, porque ellos velan por sus almas, y dan cuenta de ustedes (Hb 13,17)*. Teman siempre aquello de que habla el mismo Pablo: *Son el templo de Dios, y el Espíritu de Dios habita en ustedes. Si alguien viola el templo de Dios, Dios lo perderá (1 Co 3,16-17)*. En otro lugar dice: *No contristen al Espíritu Santo de Dios, con el que han sido marcados en el día de la redención por el justo juicio de Dios (Ef 4, 30; 2 Ts 1,5)*.

La castidad

20. Conserven la pureza de su cuerpo, para que sean *un jardín cerrado, una fuente sellada (Ct 4,12)*. Porque *el que nació de Dios, no peca: su descendencia permanece con Él (1 Jn 3,9)*. El mismo Juan dice: *Les he escrito a ustedes, jóvenes, porque son fuertes y la palabra de Dios permanece en ustedes, y vencieron al Maligno (1 Jn 2,14)*. Cuando ustedes también hayan vencido al enemigo, contando con la ayuda de Dios, Él les dirá: *Los sacaré del infierno y los libraré de la muerte. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde*

está, oh muerte, tu aguijón? (Os 13,14; 1 Co 15,55). Si devoramos a la muerte, la vencemos, y nos será dicho: No los dominará la muerte (Rm 6,9), puesto que la muerte, con la cual hemos muerto una vez al pecado, ha muerto en nosotros, y viviremos para siempre con la vida, con la que vivimos en Cristo (cf. Rm 5, 2. 12; 6,6-11; 1 Co 15,22). Porque el que muere según la carne, será justificado de pecado (Rm 6,7; cf. 1 P 4,1). No vivamos ya para satisfacer los deseos de los hombres, pasemos más bien lo que nos resta de vida realizando la voluntad de Dios (1 P 4,2). Los que temen al Señor (Sal 134[135],20; Si 2,8), ármense con la castidad, para merecer oír aquello: Ustedes no están en la carne, sino en el espíritu (Rm 8,9). Sepan que a los perfectos se les da lo que es perfecto, y a los inútiles lo que es inútil, según la palabra del Evangelio: Al que tiene se le dará más, y tendrá en abundancia; al que no tiene se le quitará hasta lo que creía tener (Mt 25,29; Lc 8,18). Imitemos a las vírgenes prudentes, que merecieron llegar hasta la cámara del esposo, porque tenían en sus recipientes y en sus lámparas el aceite de las obras buenas. Por ello, las vírgenes necias encontraron cerrada la puerta de la cámara nupcial, porque no habían querido preparar el aceite antes de las bodas (cf. Mt 25,4-12). Estas cosas les sucedían a ellos en figura, pues fueron escritas para nuestra enseñanza (1 Co 10,11), para que evitemos las cosas vetustas y guardemos los mandatos del Sabio, quien dice: Hijo, si tu corazón fuera prudente, me alegrarías; mis labios repetirían tus palabras, si ellas fueran rectas (Pr 23,15-16). Y también: No envidies a los pecadores, esfuérzate más bien por permanecer en el temor de Dios (Pr 23,17), y observa perseverantemente el culto de Dios (cf. Nm 3,7).

La renuncia al mundo

21. Vigilemos con mayor atención y tengamos presente la grande gracia que el Señor nos hizo por medio de nuestro padre Pacomio, cuando renunciamos al mundo⁴⁷, y (si así hiciéramos) consideraríamos a las preocupaciones del mundo y el cuidado de las cosas seculares como una nada. ¿Acaso nos queda ocasión de tener algo propio, una soga o la correa del calzado (cf. Gn 14,23), cuando tenemos prepositos que se ocupan de nosotros con temor y temblor (1 Co 2,3; Ef 6,5; Tb 13,6), tanto de la comida⁴⁸ como del vestido⁴⁹; y en la enfermedad del cuerpo, si aconteciera⁵⁰, para que temamos y perdamos por culpa de la carne la ganancia del alma? Somos libres, hemos sacudido el yugo de la servidumbre del mundo, ¿por que queremos volver a nuestro vómito (cf. Pr 26,11; 2 P 2,22) y tener algo de qué preocuparnos y que temamos perder? ¿Para qué usar capas superfluas⁵¹ o (tener) comidas más finas⁵², o un lecho mejor⁵³? Todo ha sido preparado en común, y no hay nada más duro que la cruz de Cristo. Viviendo de acuerdo a ella nuestros padres nos edificaron sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, y en la disciplina de los evangelios, que está contenida en la piedra angular que es el Señor Jesucristo (Ef 2,20), siguiendo a quien descendimos de la elevación que conduce a la muerte hasta la humildad que da la vida, cambiando las riquezas por la pobreza y las delicias por un alimento simple⁵⁴.

22. Los conjuro que no olviden el propósito que han hecho. Consideremos el legado de

⁴⁷ Cf. *Pachomiana, Praec.* 49; p. 25.

⁴⁸ Cf. *Pachomiana, Praec.* 38; p. 22; 41; p. 23; 43; p. 24; 53; p. 28.

⁴⁹ Cf. *Pachomiana, Praec.* 42; p. 23; 81; p. 37.

⁵⁰ Cf. *Pachomiana, Praec.* 40; p. 23; 105; p. 42.

⁵¹ Cf. *Pachomiana, Praec.* 81; p. 37.

⁵² Cf. *Pachomiana, Praec. et Inst.* 18; p. 61.

⁵³ Cf. *Pachomiana, Praec.* 87; p. 38.

⁵⁴ Se expresa así la naturaleza de la vida monástica, con sobriedad de definición: la vida monástica está fundada en Jesucristo, piedra angular, y es vivida a la imitación y semejanza de apóstoles y profetas; consiste en abandonar la elevación mundana y tomar la humildad y la mortificación.

nuestro Padre como una escala que conduce al reino celestial (cf. *Gn 28,12*). No deseen ahora lo que antes abandonaron. Nos basta tener lo que es suficiente para un hombre: dos hábitos y además uno usado, una capa de tela, dos capuchas, un cinturón de tela, sandalias, una piel y un bastón⁵⁵. Si a alguien se le confía un ministerio y un servicio en el monasterio, y se aprovecha de ello, considérese como crimen y sacrilegio: por cualquier cosa que separe y se conceda a sí mismo, despreciando a los que no tienen nada y son ricos en una pobreza feliz (cf. *1 Co 11,22*), porque no sólo perece él, sino que provoca a los demás a la muerte (con su ejemplo). Los que doblaron su frente y agradaron a Dios con humildad y compunción (cf. *Is 2,9. 17; Rm 11,10*), gimiendo y llorando, cuando salgan de este cuerpo, serán llevados a la compañía de los santos Patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob (cf. *Mt 8,11*), de los profetas y apóstoles, y gozarán de una digna consolación, como la que tuvo Lázaro en el seno de Abraham (cf. *Lc 16,23*). En cambio, los que vivieron en los cenobios y sacaron algo de los bienes comunes en provecho propio y ¡pobres de ellos cuando salgan de este cuerpo! Puesto que se les dirá: *Acuérdense que recibieron los bienes en vida* (*Lc 16,25*), mientras los hermanos se esforzaban en ayunos y en la continencia, y en el trabajo perseverante. Véanlos pues a ellos en el gozo y la alegría, como que dejaron la vida presente para adquirir la futura; ustedes, en cambio, se encuentran en la estrechez y los tormentos, porque no quisieron oír las palabras del Evangelio (cf. *Mt 19,21; Lc 12,33; 18,22*), y despreciaron lo que dice Isaías: *Mis servidores comerán, ustedes pasarán hambre; mis servidores beberán, ustedes tendrán sed; mis servidores se alegrarán, ustedes gritarán a causa del dolor de su corazón y por las angustias de su alma auullarán* (*Is 65,13-14*). Oyeron las promesas de las Escrituras, y no quisieron recibir la disciplina (cf. *Jr 5,3; Pr 19,20*).

Igualdad y caridad entre los hermanos

23. Por ello, hermanos, seamos todos iguales, desde el menor hasta el mayor, tanto el rico como el pobre. Seamos perfectos en la humildad, para que pueda decirse de nosotros: *El rico no tuvo en abundancia ni el pobre pasó necesidad* (*2 Co 8,15; Ex 16,18*). Ninguno provea a sus propias delicias, si ve a un hermano en la pobreza y la angustia (cf. *1 Jn 3,17; Dt 15,7*), para que no se le reproche: *¿Acaso no los creó el mismo Dios? ¿No tienen acaso el mismo padre? ¿Por qué abandonaron cada cual a su hermano, olvidando la herencia que les dejaron sus padres? Judá está abandonada, pero en Israel se ha cometido la abominación* (*Ml 2,10-11*). Por eso, obren según lo que el Señor y Salvador mandó a los apóstoles, cuando dijo: *Les doy un nuevo mandamiento: que se amen unos a otros como yo los he amado; y en esto se conocerá que son verdaderamente mis discípulos* (*Jn 13,34-35*). Debemos amarnos unos a otros y mostrar que somos en verdad servidores del Señor Jesucristo e hijos de Pacomio y discípulos de los cenobios.

La corrección de los hermanos

24. Si el prepósito de una casa reprende a uno de los hermanos que le están sujetos, enseñándole con temor de Dios y deseando corregirlo de su error, y otro hermano desea intervenir por él y defenderlo⁵⁶, revolucionando su espíritu; el que así obra, peca contra su alma, porque alborota al que hubiera podido corregirse, y echa por tierra al que estaba por levantarse; engaña con una mala seguridad al que tendía a algo mejor, y al hacer esto, yerra él y hace errar a los demás (cf. *2 Tm 3,13*). A éste se le aplica aquel dicho:

⁵⁵ Cf. *Pachomiana, Praec.* 81; p. 37.

⁵⁶ Cf. *Pachomiana, Praec. atque Iud.* 16; p. 69.

Pobre, del que hace beber a su prójimo una bebida turbia y revuelta para embriagarlo (Ha 2,15 LXX). ¡Guay del que hace errar a un ciego en el camino! (Dt 27,18). El que escandalizare a uno de estos que oreen en Dios, más le valiera a él atarse una piedra de molino al cuello y echarse al mar (Mt 18,6). Todo esto, porque hizo caer al que se estaba levantando, e hizo ensoberbecerse al que estaba por obedecer, y llevó a la amargura al que hubiera podido marchar en la dulzura de la caridad. Porque corrompió con sus malos consejos al que estaba sometido a las leyes del monasterio; e hizo que odiara y se entristeciera contra el que le enseñaba la disciplina del Señor⁵⁷, sembrando luchas entre los hermanos⁵⁸ y discordias, sin temer lo que está escrito: ¿Quién eres tú para juzgar al servidor ajeno? Es para su señor que permanece de pie o cae. Quedará de pie, puesto que el Señor es poderoso para sostenerlo (Rm 14,4). Ten en cuenta lo que está escrito: “Es poderoso el Señor para sostenerlo, pero no es poderoso el que olvida las palabras del Señor”.

25. Evitemos con sumo cuidado volver el espíritu de alguno contra su maestro y doctor. Recordemos la Escritura, que dice: *Libra tu corazón de toda maldad para ser salvo (Jr 4,14)*; y no sembremos en nuestros corazones la soberbia y la contumacia, en lugar de la obediencia. El que teme al Señor, si ve errar y caer a su hermano, debe mostrarle las cosas santas y el camino recto, para que, progresando con toda pureza y temor de Dios, cumpla la palabra de Salomón: *Libra a los que son llevados a la muerte y no ceses de librar de la perdición (Pr 24,11)*. No digas: “No lo conozco”. *Puesto que debes saber que el Señor conoce los corazones de todos (Pr 24,12 LXX; Lc 16,15; Hch 15,8)* Judas dice en su Carta: *Salven a unos del fuego y álcenlos con respeto, aun la túnica manchada por su carne (Judas 23)*. *Temamos ese vestido y revistamos más bien, la armadura de Dios, para resistir contra las insidias del diablo. No luchamos contra la carne y la sangre, sino contra los jefes y las fuerzas, contra los espíritus de las tinieblas y del aire (Ef 6,11-12)*.

La pobreza

26. Especialmente debemos precavernos que nadie mande u ordene algo en otra casa o en la celda de otro, y obre contra la disciplina del monasterio⁵⁹. El que obra así no es de entre los hermanos, sino un mercenario y advenedizo y no debe comer la Pascua del Señor (cf. *Ex 12,43*) entre los santificados, porque se ha convertido en piedra de escándalo (cf. *Is 8,14; 1 P 2,8*) en el monasterio y puede decirse de él: *Arrojen las piedras de mi camino (Jr 50,26)*. Porque si no nos es permitido conservar nuestros hábitos hasta la tarde, cuando los hemos lavado y aun no se encuentran secos, sino que los entregamos a nuestro prepósito, a quien hemos sido confiados, o al encargado del depósito, para que los lleve al lugar donde se guardan las ropas de todos, y la mañana siguiente nos son entregados para que los extendamos otra vez al sol; igualmente, cuando están secas no las guardamos nosotros, sino que las entregamos para ser guardadas en común, según lo mandaron los ancianos⁶⁰; (si en eso está prohibido ejercer acto alguno de propiedad) cuanto más, si lo que te parece que tienes en propiedad, lo encomiendas a otro o lo

⁵⁷ Cf. *Pachomiana, Praec. ac Leges* 14; p. 74.

⁵⁸ Cf. *Pachomiana, Praec. atque Iud.* 10; p. 67.

⁵⁹ Cf. *Pachomiana, Praec.* 98; p. 40; 113; p. 43; *Praec. ac Leges* 7; p. 72.

⁶⁰ Cf. *Pachomiana, Praec.* 70; p. 34; *Praec. ac Leges* 15; p. 74. Estas reglas se hallan igualmente expresadas en las *Vidas*; p. ej. G1: FESTUGIÈRE, pp. 190-191; cf. *ib.*, p. 218: “El abad Pacomio estaba, al mismo, sometido al jefe de la casa; se mostraba más humilde que todos... Si guardaba sus túnicas de piel en la celda, lo hacía con permiso del superior”. P. 222: «Un hermano llevó a Pacomio, que estaba enfermo, una buena manta, liviana, Al advertir Pacomio que la calidad de ésta era superior a las corrientes que usaban los hermanos, dijo: “Quítala. No debo distinguirme de los hermanos en nada”».

consideras tuyo, pecas contra la disciplina del monasterio⁶¹ y no escuchas a Pablo, que te dice: *Ustedes fueron llamados con libertad; pero no abusen de esta libertad para provecho de la carne, sino sírvanse unos a otros con caridad (Ga 5,13)*. Y también: *El Señor está cerca. No tengan preocupación; perseveren más bien en la oración y en las súplicas (Flp 4,5-6)*. Sepa también aquel que recibe algo de otro y quiere hacer obra buena regalándolo a su hermano, que peca contra su alma y contraviene las reglas del monasterio⁶². Necio, tu alma se halla a cargo del prepósito, ¿y el que cuida de tu alma y de tu cuerpo sería indigno de conservar lo que perece? Amemos la justicia para ser salvos. Leemos, en efecto: “Reciben la misericordia los que obran la verdad” (cf. *Sal 84[85],11*).

27. También deben observar lo siguiente: que ninguno diga en su interior, engañado por un necio pensamiento o, lo que es peor, apresado por las redes del diablo (cf. *Ef 6,11; 1 Tm 3,7; 6,9; 2 Tm 2,26*): “Cuando muera, donaré a los hermanos lo que posea entonces”. ¡Eres el más necio de los hombres! ¿Dónde hallaste escrito que podías obrar así? ¿No es más bien lo contrario: como que todos los santos y servidores de Dios dejaron de una vez el peso del mundo? ¿No llevaron, en los *Hechos de los Apóstoles*, todo lo que poseían a los pies de los Apóstoles (cf. *Hch 4,34-35*)? ¿Cómo podrías revestir cuando mueras *el hábito de justicia* (cf. *Is 61,10*) que no mereciste llevar en vida? ¿Cómo olvidaste lo que está escrito: *Lo que el hombre ha sembrado, eso recogerá* (cf. *Ga 6,7*). Y *cada uno recibe conforme a lo que hizo* (*Ef 6,8*); y: *Cada uno recibirá según sus obras* (*Mt 16,27; Rm 2,6*); y otra vez: *Yo el Señor, que escudriño los corazones y pruebo el interior, para dar a cada cual según su conducta y según sus obras* (*Jr 17, 10*)? Mientras estás en esta vida y en este cuerpo, ¿por qué no escuchas lo que dice David: *Atesora, y no sabe para quién lo guarda* (*Sal 38[39],7*)? Y la palabra del Evangelio que reprende al rico avaro: *Esta noche te pedirán, ¿para quién será lo que has reunido* (*Lc 12,20*)? Y también: *En aquel día perecerán todos sus pensamientos* (*Sal 145[146],4*). ¿Por qué no quieres oír la exhortación del Señor: *Ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres; toma tu cruz y sígueme* (*Mt 19,21*; cf. *16,24; Mc 10,21; Lc 18,22*)? El joven, al escuchar estas palabras, se volvió atrás; *no era recto su corazón* (*Sal 77[78],37*) y por ello no pudo abandonar las riquezas. Sin embargo; tenía el deseo de la vida perfecta, como lo atestigua la Escritura (cf. *Mt 19,21; Mc 10,21*), y el esplendor de sus virtudes merecía la alabanza, pero las riquezas lo detenían en su carrera, y no podía oír la enseñanza del Salvador pues aun pensaba en las delicias del mundo. Por eso dice el Salvador: *Es difícil para los ricos entrar en el reino de los cielos* (*Mt 19,23; Mc 10,23; Lc 18,24*); y también: *Nadie puede servir a dos señores: o despreciará a uno y amará al otro, u obedecerá a uno y desobedecerá al otro. No pueden servir a Dios y a las riquezas* (*Mt 6,24; Lc 16, 13*). *Los fariseos, que eran avaros, oían esto y se burlaban* (cf. *Lc 16,14*). Evitemos caer en su incredulidad; no nos burlemos de los que nos provocan. Renunciemos al mundo, para seguir con perfección al perfecto Jesús. Aquellos, cuyas almas están poseídas por la avaricia, creen que esta pobreza es algo inútil. *Es gran ganancia la vida piadosa con los bienes necesarios. No trajimos nada al mundo, no podemos llevar nada de él; teniendo con qué comer y con qué cubrirnos, estamos contentos. Los que quieren enriquecerse caen en la tentación y en la trampa, en muchas concupiscencias vanas y nocivas, y los hombres salen de allí para precipitarse en la muerte y la perdición. La raíz de todos los males es la avaricia* (*1 Tm 6,6-10*).

La comunidad monástica es la viña del Señor, que no ha de ser profanada

28. Hasta hoy increpa Elías a Israel diciendo: *¿Hasta cuándo estarán rengos? Si es Dios,*

⁶¹ Cf. *Pachomiana, Praec.* 113; p. 43.

⁶² Cf. *Pachomiana, Praec.* 113; p. 43.

síganlo (1 R 18,21); y a nosotros dice: Si los que nuestro Padre nos transmitió son mandamientos de Dios, siguiendo a los cuales podremos llegar al reino celestial, cumplámoslos con todo ardor. En cambio, si seguimos nuestros pensamientos y nuestra alma tiende hacia otra cosa, ¿por qué no confesar simplemente el error, y mostrar que somos tales que nos da vergüenza que nos vean? No sea que digan de nosotros: *¿Por qué mancharon mi santuario?* (cf. Lv 21,12; Ez 23,38)? y: *Los expulsaré de mi casa* (Os 9,15). Porque las comunidades de monjes son en verdad la casa de Dios y la viña de los santos, según está escrito: *Salomón se hizo una viña en el lugar llamado Beelamon, y la encomendó a los guardianes. Cada uno trae mil monedas de plata por sus frutos. Mi viña está ante mis ojos: mil monedas para Salomón y doscientas para los que custodian su fruto* (Ct 8,11-12). No sea que nos expulsen por haberla manchado, como leemos en el Evangelio que fueron expulsados los que vendían bueyes y ovejas, cuando el Señor y Salvador, *al entrar en el templo, hizo un látigo y expulsó a los cambistas y volteó las mesas y bancos de los vendedores, y a los que vendían palomas, dijo: "Quiten estas cosas de aquí, y no hagan de la casa de mi Padre una casa de comercio"* (Jn 2,14-16). *Está escrito: "Mi casa será llamada casa de oración, para todos los pueblos"; pero ustedes hicieron de ella una cueva de ladrones* (Mc 11,15; Is 56,7; Jr 7,11) Y en otro lugar: *Por culpa de ustedes mi Nombre es blasfemado en las naciones* (Rm 2,24; cf. Is 52,5).

No provocar la ira divina con malas obras

29. Les ruego, hermanos, que no se pueda decir también de nosotros: *Uno pasa hambre mientras otro está ebrio. ¿Acaso no tienen sus casas para comer y beber? ¿Por qué desprecian la asamblea de Dios y confunden a los que no tienen* (1 Co 11,21-22)? A ellos dice: *Si alguien tiene hambre, que coma en su casa, para no ser condenado* (1 Co 11,34). No haya en la casa de ustedes voz extranjera, ni se aplique a ella con verdad aquello: *Las obras de Egipto no desecharon* (Ez 20,8). Y también: *No obedecieron mis preceptos y mancharon mis sábados; por eso, cuando me invoquen, no los escucharé* (Ez 20,13). *No perseveremos en la dureza de corazón ni provoquemos a Dios a la ira* (Lm 3,42), para que se haga nuestro enemigo y diga: *Yo les daré preceptos errados y leyes para que no puedan salvarse* (Ez 20,25), *porque comieron el fruto de la mentira* (Os 10,13) y *adoraron lo que es obra de sus manos* (Is 2,8), y su tierra está llena de adivinos como la tierra de los paganos (cf. 2 R 17,15-17).

Fidelidad a la vocación monástica

30. Después de haber renunciado al mundo e iniciado el seguimiento del estandarte de la cruz, no volvamos a lo anterior ni busquemos el descanso en esta vida, imitando a Efraín, que dijo: *Me he enriquecido y encontré el reposo* (Os 12,8); para no recibir la respuesta que él mereció escuchar: *Todos sus trabajos no serán tenidos en cuenta, a causa de las iniquidades que cometió* (Os 12,8). Y para que tampoco se cumpla en nosotros aquello: *¿Comenzaron con el espíritu y terminan ahora con la carne? ¿Para qué sufrieron tanto, sin motivo?* (Ga 3,3-4). Ni se diga entre nosotros aquella palabra: *La ley se alejó del sacerdote y el consejo de los ancianos; las manos del pueblo se debilitaron* (Ez 7,26-27). *Los ancianos del pueblo callaron, los elegidos dejaron de cantar salmos* (Lm 5,14). Ni se agregue: *Por su culpa mi Nombre es blasfemado entre los pueblos* (Rm 2,24; cf. Is 52,5). No llegue el olvido y descuidemos al mediador de Dios y de los santos, por haber despreciado las enseñanzas de nuestro Padre.

31. ¿Qué fruto, o qué señal de los mandamientos de Dios encontrarán en nosotros, o

cómo cumpliremos con la profesión que hemos abrazado? *¿Acaso lo hemos dejado todo (Mc 10,28) para estar sometidos a la avaricia? Se dice: ¿De dónde las guerras y las luchas? (St 4,1). ¿No vienen acaso de la avaricia? Porque cada cual busca su utilidad y no la del prójimo (cf. 1 Co 10,24). Nos increpa por ello Ezequiel, con palabra profética: Había negociantes entre los tuyos (cf. Ez 27,36). El hijo deshonra al padre (Mi 7,6), y el padre reprocha al hijo. ¿Qué responderemos en el día del juicio? ¿Qué presentaremos en nuestra defensa, cuando llegue el fin de los tiempos? Todo esto ha sucedido porque los sacerdotes aplaudieron con sus manos, y el pueblo gustó de ello (Jr 5,31). Porque el pueblo es como es el sacerdote. Por eso le daré, dice, según sus caminos, y le devolveré sus pensamientos (Os 4,9).*

32. No digo estas cosas de todos ustedes, sino de los que desprecian las órdenes de los ancianos; *mejor les hubiera sido ignorar el camino de la salvación que, habiéndolo conocido, apartarse de la santa ley que les fue dada (2 P 2,21).* De esta clase de hombres escribió afligido Jeremías: *Mis ojos derramaron lágrimas, mis entrañas se conmovieron, cayó mi hígado por tierra, al ver la aflicción de la hija de mi pueblo; cuando los niños y los lactantes desfallecían en las plazas de la ciudad. Decían a sus madres: ¿Dónde está el trigo y el vino? Y desfallecían en las plazas como si estuvieran heridos; derramaban su alma en el pecho de sus madres (Lm 2,11-12).* Sabemos que Dios no se complace en la fortaleza del caballo ni en las piernas del hombre (Sal 146[147],10).

Invitación a la conversión

33. *Volvamos, entonces, a nuestro Señor (Os 6,1), para que cuando oremos nos escuche (cf. Sal 19[20],9), Él, que cada día nos exhorta para que nos dediquemos a Él y lo conozcamos (cf. Sal 45[46],11).* Y en otra parte dice: *Vuelvan a mí y yo volveré a ustedes (Mal. 3,7)* Y también: *Vuelvan a mí, hijos alejados, y yo los gobernaré (Jr 3,14).* Y también Ezequiel protesta, diciendo: *¿Por qué mueres, casa de Israel (Ez 18,31)? No quiero que muera el pecador, sino que vuelva de su mal camino y viva (Ez 33,11).* El Señor, clementísimo principio de toda bondad, nos dice y atestigua: *Vengan a mí, todos los afligidos y dolientes, y yo los reconfortaré. Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y hallarán el descanso para sus almas (Mt 11,28-29; cf. Jr 6,16).* Consideremos cómo *la bondad de Dios nos conduce a la penitencia (Rm 2,4) y los santos nos llaman a la salvación. No endurezcamos nuestro corazón, no atesoremos para nosotros la indignación en el día de la cólera y de la revelación del justo juicio de Dios, que dará a cada cual de acuerdo a sus obras (Rm 2,5-6).* *Volvamos de todo corazón hacia el Señor (cf. Dt 30,2: 1 S 7,3; Jr 3,10), recordando las palabras de Moisés: Si te vuelves al Señor de todo corazón, Él purificará tu alma y a tu descendencia (Dt 30,2. 6).*

34. *Esforcémonos como buenos soldados de Cristo (2 Tm 2,3) y observemos lo que está escrito: Ninguno que milita para Dios se implica en los asuntos de esta vida, para poder agradar a aquél para quien milita. Si uno lucha en el estadio no es premiado si no luchó como debía. Al agricultor que trabaja corresponde participar, el primero, de los frutos (2 Tm 2,4-6).* Está escrito: *Los pueblos iban, cada cual por su camino (Mi 4,5).* Pero nosotros seremos engrandecidos en el Nombre del Señor nuestro Dios. *Ellos tropezaron y cayeron, nosotros nos levantamos y estamos erguidos (Sal 19[20],8-9).*

35. *El que camina de día no tropieza; el que camina de noche tropieza porque no hay luz en él (Jn 11,9-10).* Nosotros, como dijo el Apóstol, *no somos hijos de la perdición, sino de la fe, para salvar el alma (Hb 10,39).* Y en otro lugar dice: *Todos ustedes son hijos de la luz, hijos del día; no somos hijos de la noche ni de las tinieblas (1 Ts 5,5).* Si somos hijos de la luz,

debemos saber cuáles son las (obras) de la luz, y dar *frutos de luz* (Ef 5,9) con obras buenas: *porque lo que se manifiesta es luz* (Ef 5,14). Si volvemos al Señor de todo corazón (cf. Dt 30,2), y nos convertimos con sencillez de corazón (1 P 1,22) a los preceptos de sus santos y de nuestro Padre, *abundaremos en toda obra buena* (cf. 2 Co 9,8). Si somos vencidos por los deseos de la carne, *golpearemos contra la pared en pleno día, como si fuera de noche* (Jb 5,14), y *no encontraremos el camino de la ciudad en que habitamos* (Sal 106[107],4), por lo que se dice: *El alma de los hambrientos y sedientos desfalleció en ellos mismos* (cf. Sal 106[107],5), porque menospreciaron la ley que les dio Dios, y no escucharon a los profetas (cf. Sal 106[107],11), y por eso *no pudieron llegar al reposo prometido* (cf. Hb 3,18-19).

36. Velemos y estemos atentos; *si no perdonó a las ramas naturales, tampoco nos perdonará a nosotros* (Rm 11,21). No se dice esto de todos, sino de los negligentes, a quienes con justicia se aplica esta expresión: *Guay de ellos, porque se alejaron de mí* (Os 7,13). Es claro que obraron contra mí; *se alejaron de mí, fuente de agua viva, y se hicieron pozos que no retienen el agua* (Jr 2,13). Ya que no escucharon a sus jueces, oigan al Señor que dice: *Puse guardianes sobre ustedes, escuchen la trompeta. Y dijeron: "No escucharemos"* (Jr 6,17).

¿De dónde viene esta incredulidad? ¿No viene acaso de que han conocido a los extranjeros y no los combatieron? El Espíritu Santo dice en otro lugar, por boca del profeta: *Yo soy el Señor, tu Dios; yo hice el cielo y la tierra, mis manos formaron las milicias celestiales, y a éstas no te las mostré, para que no fueras en pos de ellas* (Os 13,4 LXX). Lo mismo mandó por Moisés, diciendo: *Cuando mires al cielo y veas el sol, la luna y las estrellas, y todo el adorno del cielo, no lo adores engañado por el error* (Dt 4,19). *Yo soy Dios, el que te sacó de Egipto, y no conoces otro Dios más que a mí. Nadie puede salvar, sino yo; yo te alimenté en la soledad, en el desierto. Y se saturaron y sus corazones se alzaron contra mí. Por ello me olvidaron* (Os 13,4-6), y los enviaré dispersos entre los pueblos (Jr 34,17).

37. Oyendo esto despertemos del pesado sueño, y mostrémonos dignos del servicio del Señor, para que se apiade y nos diga: *Invóquenme y yo los escucharé* (Is 58, 9). El mismo dice: *El que dispersó a Israel, lo volverá a reunir* (Jr 31,10), y en otro lugar dice: *No obraré según mi ira, ni dejaré que desaparezca Efraín* (Os 11,9), y otra vez: *No los castigaré para siempre, ni estaré perpetuamente enojado. Saldrá de mí el espíritu, hice todo lo que él me inspira* (Is 57,16). En el mismo lugar agrega y dice: *Les dí una consolación verdadera, paz sobre paz, a los que estaban lejos y a los que estaban cerca. Y el Señor dijo: "Los sanaré"* (Is 57,18-19). Para que conozcamos plenamente su misericordia, Jeremías nos enseña diciendo: *Aunque el cielo se elevara a lo alto, y la tierra se humillara hacia abajo, no reprobaré al pueblo de Israel por sus pecados* (Jer. 31,37 [38,35]).

38. Con que si el Señor y Salvador tiene tanta clemencia, para excitarnos a la salvación, *convirtamos nuestro corazón a Él* (Dt 30,2); *porque es hora de despertar del sueño. Pasó la noche y se acerca el día, dejemos las obras de las tinieblas y revistamos las armas de la luz; marchemos honestamente, como durante el día* (Rm 13,11-13). Hijitos míos, amemos primeramente a Dios, con todo el corazón, después amémonos unos a otros (cf. 1 Jn 4,7-8; Mt 22,37-39; Mc 12,30-31; Lc 10, 27); recordando los preceptos del Dios y Salvador, que dice: *Les doy mi paz, les dejo mi paz; pero no como la da el mundo da la paz se las doy yo* (Jn 14,27). *De estos dos mandamientos penden la ley y los profetas* (Mt 22,40).

No recibir nada de afuera

39. Si uno vive en el monasterio bajo su prepósito, y no le falta nada de lo que está permitido tener en el monasterio, y tiene a su padre, a su hermano, a un amigo muy querido, no ha de recibir absolutamente nada de estos: ni túnica, ni capa, ni cualquier otra cosa, Pero si. se comprueba que le falta alguna de las cosas que están mandadas, la culpa y el castigo recaigan sobre el prepósito⁶³.

Los superiores sean solícitos

40. Ustedes, que son cabezas de los monasterios, si ven que hay quienes tienen necesidad de alguna cosa y pasan angustia por ello, no los descuiden⁶⁴, sabiendo que habrán de dar razón *de todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo les mandó vigilar, y apacentar a la Iglesia de Dios que Jesucristo adquirió con su sangre (Hch 20,28)*. Por eso, *nosotros, que somos más fuertes, debemos soportar la debilidad de los más desvalidos, y no complacernos a nosotros mismos, sino al prójimo, para su bien y su edificación. Porque Cristo no se complació a sí mismo, sino que, como está escrito: “Las burlas de los que te insultaban cayeron sobre mí” (Rm 15,1-3; Sal 68[69],10)*, y otra vez: *No busco lo que me conviene, sino lo que conviene a todos, para que se salven (1 Co 10,33)*.

Soportar la necesidad y la dureza de la vida

41. Pero si nuestro Señor y Salvador así lo mandó, y los santos obraron de este modo, y lo mismo nos enseñaron nuestros padres, *levantémonos finalmente del sueño y cumplamos lo que se nos ha mandado. Todo lo que ha sido escrito lo fue para nuestra instrucción, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras tengamos la esperanza (Rm 15,4)*. Que ninguno de nosotros sea causa de error para otro, ni envidiemos a los que prosperan en sus caminos (cf. *Sal 36[37],7*) Porque cuando hayan conseguido todo lo que precisan según la carne, nada podrán llevar consigo cuando mueran. Los hijos de este siglo tienen confianza en él, porque son del mundo y el mundo ama lo suyo (cf. *Jn 15,19*). Pero los que son hijos de Dios recuerdan aquellas palabras del Evangelio: *Si el mundo los odia, sepan que primero me odió a mí (Jn 15,18)*, y otra vez: *El que quiera ser amigo de este mundo, se enemistará con Dios (cf. St 4,4)*. Y también: *Sufrirán, pero tengan confianza, porque yo vencí al mundo (Jn 16,33)*. Y otra vez dice: *Felices los que lloran, porque serán consolados; felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados (Mt 5,5-6)*. *Felices los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mt 5,10)*. ¿Qué dice en cambio de *los hijos de la noche (cf. 1 Ts 5,5)*? ¿No dice acaso: *Pobres de ustedes, los ricos, porque ya recibieron su consuelo; pobres de ustedes, los que ahora están en la abundancia, porque tendrán hambre; pobres de ustedes, los que ahora ríen, porque entonces llorarán y gemirán (Lc 6,24-25)*?

42. Evitemos entonces la amistad del mundo (cf. *St 4,4*), para merecer oír aquello: *En la noche había llanto, y por la mañana alegría (Sal 29[30],6)*. *Oyó el Señor, y tuvo misericordia de mí. Rompiste mi vestido (de penitencia) y me rodeaste de alegría (Sal 29[30],11-12)*. Pues, ¿qué santo no paso por este mundo en la pena y la tristeza? Jeremías dice: *No me senté con los que se burlaban, sino que temía tu rostro. Estaba sentado solo, porque estaba lleno de amargura (Jr 15,17)*. David escribe: *Me humillaba, como uno que*

⁶³ Cf. *Pachomiana, Praec.* 81; p. 37.

⁶⁴ Cf. *Pachomiana, Praec.* 24; p. 19; 41; p. 23; 42; p. 23.

está triste y compungido (Sal 34[35],14). Nosotros, siguiendo sus huellas, comprendemos que hallaremos nuestra salvación en el tiempo de la tribulación (cf. Is 33,2), y que se cumplirá la promesa del profeta: No serán abandonados los que están angustiados, sino por un tiempo (Is 8, 22). Si la tribulación ha de durar un tiempo, y no es eterna, sembremos con lágrimas para cosechar con alegría (cf. Sal 125[126],5), sin desanimarnos, porque sabemos que el Señor libera a los suyos de la prueba (2 P 2,9).

Confianza en Dios

43. *El Señor es nuestro padre (cf. Is 64,8[7]), el Señor es nuestro jefe, nuestra cabeza, nuestro rey. El Señor mismo nos salvará (Is 33,22). Si olvidamos sus mandamientos, permaneceremos en la angustia, puesto que Él dice: Los que me siguen poseerán la tierra y heredarán sobre la santa montaña (Is 57,13). También nosotros la poseeremos si cumplimos su ley y oímos lo que dice: Purifiquen sus caminos ante mí (cf. Jr 7,3; 26,13). Y otra vez: Quiten los obstáculos del camino de mi pueblo (Is 57,14). Y en otro lugar: Quiten de en medio al intrigante y se irá con él la discusión (Pr 22,10). El que llama pecador al justo y el que considera justo al que no lo es, ambos son impuros ante Dios (Pr 17,15). Estemos en guardia, no sea que se diga también de nosotros: Sus hijos se hicieron extraños (cf. 1 M 6,24); y las hijas de Sión se enorgullecieron, se pasearon con el cuello erguido y la soberbia en los ojos, con pasos cortos y luciendo alhajas en los pies (Is 3,16). Y se nos aplique otra vez, para castigo nuestro, la palabra del profeta: ¿Cómo es que se ha prostituido Sión, la ciudad fiel, llena de justicia, en la cual moraba la justicia y ahora anidan en ella los ladrones (Is 1,21)? y: El pueblo que conocía la verdad, se unía con una meretriz: y esto se te tendrá en cuenta, Israel (Os 4,14-15). Si meditamos las cosas divinas podremos decir lo mismo que dijo David: Me alegraré con tus palabras, como el que halla mucho botín (Sal 118[119],162), y: Qué dulces son tus palabras para mi paladar, más que la miel y el panal lo son para mi boca (Sal 118[119],103). Tus justicias cantaba yo en el lugar de mi peregrinación (Sal 118[119],54), y en otro lugar dice: No puse ante mis ojos propósitos inicuos, odié a los que obraban la maldad (Sal 100[101],3). Y: No se unió a mí ninguno de corazón malo; a los malos, que se alejaban de mí, desconocía; perseguía al que murmuraba en lo oculto contra su prójimo; no me sentaba con los soberbios y avaros. Mis ojos se posaban sobre los fieles, para hacerlos sentar conmigo (Sal 100[101],4-6).*

44. *No imitemos las obras de todos ellos, para que la paz y la justicia reinen en nuestros días (cf. Sal 84[85],10; Rm 14,17), y no nos suceda lo que leemos en otro lugar: Brotarán espinas y yerbas sobre la tierra de mi pueblo (Is 32,13), Renovemos más bien los brotes, y no sembremos sobre espinas (cf. Jr 4,3; Os 10,12; Mt 13,22; Mc 4,18). Y al custodiar lo que nos fue mandado, haremos manifiesto que amamos a Dios, como atestigua en otro lugar la Escritura: El que oye mis mandamientos y los pone en práctica, ese me ama; el que me ama, es amado por mi padre, y yo lo amaré, y yo y mi Padre vendremos y habitaremos en él, y me mostraré a él (Jn 14,21. 23). Y: Ustedes serán mis amigos si hacen lo que les mando (Jn 15,14). Llevemos con nosotros estas palabras y convirtámonos al Señor nuestro Dios, y digámosle: Puedes perdonar los pecados para que recibamos los bienes y entreguemos el fruto de nuestros labios (Os 14,3), y se alegre nuestra alma (cf. Sal 34[35],9).*

Llamado a la penitencia. Promesa de restauración

45. *Ojalá nos dolieran nuestro error y nuestra negligencia, y vueltos a los principios dijéramos: Asiria no nos salvará, no subiremos a los caballos ni diremos: nuestros dioses son obra de nuestras manos, Dios, que está en ti, se apiadará del pueblo: sanaré sus*

moradas (Os 14,4). Y dice también de nosotros: *Los amaré en forma visible, y alejaré mi ira de ellos. Seré como el roció: Israel florecerá como el lirio y echará raíces como el cedro. Crecerán sus ramas y será como un olivo fértil, y su olor, como el del incienso. Volverán, y permanecerán cada cual en su tienda, y vivirán y serán saciados con el trigo. Florecerá como la vid su recuerdo, Efraín será como el olor de incienso. ¿Qué hubo entre él y los ídolos? Yo lo humillé, yo lo fortaleceré. Soy como un enebro frondoso, en mí encontró su fruto. ¿Quién es sabio y comprende estas cosas (Os 14,5-10)? Ojalá nosotros también podamos dar su fruto, sin el cual no se puede hacer ninguna obra buena (cf. Jn 15,5).*

46. Volvamos al Señor, para que pueda decir de nosotros: *No recordaré ya más sus pecados y sus iniquidades (Is 43,25)*. No abandonemos la ley de Dios, que nuestro Padre recibió para dárnosla a nosotros; no demos poca importancia a sus mandamientos, para que no se entone sobre nosotros esta lamentación: *¿Cómo se oscureció el oro y se pervirtió la plata, y están tirados como piedras en donde se dividen los caminos (Lm 4,1)?* Ni después de los muchos esfuerzos que hizo nuestro Padre por nosotros, dándonos ejemplo de virtud y gloriándose en nosotros, diciendo entre los santos: “Estos son mis hijos y mi pueblo, y no me negarán. Después de este testimonio no perdamos la confianza de la buena conciencia (cf. Hb 13,18), dejando el hábito que nos legó, ni puestos en el estadio para competir según lo mandado, seamos vencidos por nuestros enemigos” (cf. 2 Tm 2,5). Cuando llegemos al tiempo en que hemos de salir de este cuerpo, no nos enemistemos con nuestro Padre sirviendo a las riquezas (cf. Mt 6,19-20; Lc 12,33-34), de modo que los que debemos conseguir la libertad del espíritu con los ayunos y aflicción del cuerpo, nos entreguemos a la carne y a las delicias, a los trajes preciosos⁶⁵ y a los lechos mullidos⁶⁶, de manera que no sólo perezamos nosotros, sino que llevemos a la ruina a los demás que pudieron haber aprovechado de nuestro ejemplo, según está escrito: *No recibieron el espíritu de servidumbre en el temor (Rm 8,15), sino de fortaleza, caridad y castidad (2 Tm 1,7)*. Y: *El alimento no nos recomienda ante Dios; ni por comer obtendremos más, ni por no comer, perderemos algo (1 Co 8,8)*. Porque *el reino de Dios no está en la comida y la bebida, sino que es justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo. El que sirve a Cristo en esto, agrada a Dios y es probado entre los hombres (Rm 14,17-18)*. Isaías dice: *Los que esperan al Señor renovarán su fuerza, tomarán alas como el águila, correrán y no se cansarán, avanzarán y no sufrirán hambre (Is 40,31)*. Por ello *se alzaré una señal entre los pueblos, y congregaré a los prófugos de Israel. Sepan que llegarán velozmente, no pasarán hambre ni dormirán; no dormirán ni desatarán la correa de su cintura, ni se romperán las correas de su calzado. Sus lanzas son agudas y los arcos están tensos, sus pies son duros como la piedra fortísima, las ruedas de sus carros son como la tempestad; harán estruendo como leones, y serán como cachorros de león (Is 5,26-29)*.

Ejemplo de Pacomio

47. Seamos, por tanto, imitadores de los santos, y no olvidemos la enseñanza que nos inculcó nuestro Padre mientras se encontraba entre los hombres. No apaguemos la lámpara encendida que puso sobre nuestras cabezas (cf. Lc 8,16). Marchando según esa luz en la vida presente, recordemos que por su esfuerzo Dios nos recibirá en su familia (cf. Rm 8,16): dando hospitalidad a los peregrinos (cf. Mt 25,35), mostrando el puerto de la salvación a los que se hallan en las tempestades del mar, dando pan en los tiempos de hambre (cf. Mt 25,35), proporcionando sombra en el calor (cf. Is 25,4), vestido en la

⁶⁵ Cf. *Pachomiana, Praec. et Inst.* 18; pp. 58-61.

⁶⁶ Cf. *Liber Ors.* 21.

desnudez (cf. *Mt 25,36*); (Pacomio) enseñó a los ignorantes los preceptos espirituales, rodeó de castidad a los que se habían entregado a los vicios, unió a sí a los que estaban alejados. No olvidemos después de su muerte tanta bondad, y los beneficios inmortales recibidos, haciendo que el juicio se vuelva furor y amargura el fruto de la justicia; y se diga contra nosotros: *Juzguen entre yo y mi viña; espere que hiciera fruto e hizo iniquidad; y no obró la justicia, sino que produjo el clamor (Is 5,3-4. 7)*. No caiga sobre nosotros la maldición que profiere el profeta, la cual debemos evitar con todo nuestro esfuerzo, imitando a los que nos precedieron en el Señor, nuestros padres y hermanos, que dejaron el mundo y progresaron sin ofender a Dios y ahora gozan de su heredad. La cual temo que perdamos por nuestra desidia, y se nos aplique aquella expresión del profeta que dijo de Efraín: *Se compra el aceite en Egipto (Os 12,1[2]). Se mezclaron con los pueblos extranjeros y aprendieron sus costumbres (Sal 105[106],35)*. *Fuimos llamados a la libertad (cf. Ga 5,13)*, y congregados en un solo pueblo de Dios desde lugares diversos (cf. *Jr 29,14*), según está escrito: *Tomaré a uno del pueblo y a dos de familia, y los haré entrar en Sión, y les daré pastores según mi deseo, para que los gobiernen con disciplina (Jr 3,14-15)*. No desatemos los lazos del amor, para que no pueda decirse de nosotros: *El hijo glorifica al Padre y el servidor a su amo. Si yo soy el padre ¿dónde está mi gloria? ¿Si soy el amo dónde está el temor? (Mt 1,6)*.

Súplicas al Señor

48. Clame por eso al Señor nuestro corazón: *Las murallas de Sión derraman lágrimas día y noche. No descanses, ni dejes que callen las pupilas de tus ojos. Levántate y entona alabanzas durante la noche, al comienzo de la vigilia; derrama tu corazón como si fuera agua, en la presencia del Señor. Levanta tus manos hasta Él por las almas de tus pequeños que perecieron (Lm 2,18-19)*. No se diga contra nosotros aquello: *Lloró y se corrompió la tierra; lloraron las alturas de la tierra, y la tierra obró mal a causa de los que habitaban en ella, porque abandonaron la ley y modificaron mis mandamientos, que son un testamento eterno. La maldición devorará a la tierra; sus habitantes pecaron y quedaron pocos hombres (Is 24,4-6)*. No lloren nuestro vino y la viña, y giman todos los que antes se alegraban (cf. *Is 24,7*). No se diga de nosotros: *En su casa enloquecieron, se corrompieron como el día de la montaña (Os 9, 8-9)*; Ni tampoco aquello: *Ustedes son el botín (Jr 37,17 LXX)*, y: *Acordaron un pacto con el infierno y un contrato con la muerte (Is 28,15)*. Evitando, entonces, estas palabras, oremos más bien que en el tiempo oportuno *nacerá una estrella de Jacob y surgirá el hombre de Israel, el cual derribará a los príncipes de Moab y devastará a los hijos de Set (Nm 24,17)*. Para que no haya en la casa de Israel el aguijón de la furia y la espina del dolor (*Ez 28, 24*), *porque el Señor se eligió a Jacob para sí, como su parte, Israel le tocó en heredad (Dt 32,9)*. y en otro lugar Jeremías dice: *Si en mi presencia cesare esta ley, también dejará de ser el pueblo de Israel (Jr 31,36)*, y otra vez: *Daré sufrimientos a los justos y hará una alianza eterna con ellos, y los pueblos conocerán a sus descendientes. Todo el que los viere sabrá que estos son los benditos de Dios, y que han de gozar de la alegría del Señor (Is 61,8-10)*.

Llamado a la vigilancia

49. También nosotros examinemos nuestros caminos (cf. *Lm 3,40*) y nuestros pasos, y sigamos *la fragancia de la sabiduría (cf. 2 Co 2,14)*, llevando siempre en nuestros corazones sus palabras (cf. *Sal 118[119],11*) *para permanecer puros en el camino y marchar en la ley del Señor (cf. Sal 118[119],1)*. No nos asuste la fragilidad del cuerpo y el esfuerzo prolongado. ¿Donde están nuestros padres y los profetas? *¿Acaso no viven eternamente,*

según está escrito: *Reciban mis palabras y mis leyes, que mando con mi espíritu a mis servidores los profetas, que vivieron con sus padres (Za 1,5-6)?* Escuchemos la inefable clemencia de nuestro Dios, quien hasta hoy nos exhorta a la penitencia (cf. *Rm 2,4*), diciendo: *¿Acaso el que cae no se levantará? ¿O no volverá el que se aleja? ¿Por qué se rebela mi pueblo? Consiguieron lo que querían en sus delicias y no quisieron volver (Jr 8,4-5).* Si volviéramos a Él nos fortalecería con su espíritu, como está escrito: *Edifica el Señor a Jerusalén, congrega a los dispersos de Israel (Sal 146[147],2).*

Realizar la comunidad en la caridad

50. El Apóstol nos enseñó que nuestra sociedad y comunión, en la cual estamos unidos, es de Dios, al decirnos: *No olviden las buenas obras y la comunidad de bienes; porque tales ofrendas agradan a Dios (Hb 13,16).* Y también leemos en los *Hechos de los Apóstoles: La multitud de los creyentes era de un solo corazón y una sola alma, y nadie decía propio a nada, sino que todo era común. Y los apóstoles daban, con gran fortaleza, testimonio de la resurrección del Señor Jesús (Hch 4,32-33)* El salmista concuerda con estas palabras cuando dice: *¡Qué bueno y agradable es que los hermanos habiten juntos! (Sal 132[133],1).* También nosotros, que vivimos en los cenobios y estamos unidos en la caridad mutua, esforcémonos para que, así como merecimos tener la compañía de los santos padres en esta vida, seamos también en la futura compañeros suyos; sabiendo que la cruz de nuestra vida es el principio de la sabiduría, y que *hemos de padecer con Cristo* (cf. *Rm 8,17*), y sepamos que sin tribulaciones y angustias nadie consigue la victoria (cf. *Hch 14,22*). *Feliz el varón que sufre la prueba, puesto que una vez probado recibirá el premio de la vida (St 1,12).* Y también: *Se esforzó en el mundo y vivirá eternamente. Si padecemos con Él, seremos glorificados con Él* (cf. *Sal 48[49],8. 9. 10*). Y el Apóstol dice: *Considero que los sufrimientos de este tiempo no son comparables con la gloria futura, que se revelará en nosotros (Rm 8,17-18).* Y en otro lugar está escrito: *Creí que ya conocía esto, pero tengo aun el esfuerzo por delante (Sal 72[73],16)*, y otra vez: *Yo no sufrí al seguirte, ni tuve en cuenta el parecer de los hombres (Jr 17,16).* Y en otro lugar dice: *Muchos son los padecimientos de los santos, y de todos ellos los libraré el Señor (Sal 33[34],20).* Y nuestro Señor dice en el Evangelio: *El que perseverare hasta el fin se salvará (Mt 10,22)*, y en otro lugar: *Este es el libro de los mandamientos y ley escrita para siempre. Todos los que la observen, vivirán; los que la desechen, morirán. Vuelve, Jacob, y abrázala; marcha en el esplendor de su luz, y no des tu gloria a otro, ni lo que es tuyo a las gentes extranjeras. ¡Somos felices, Israel, porque lo que agrada a nuestro Dios está en nosotros! Confía, pueblo mío, memorial de Israel (Ba 4,1-5).* E Isaías dice otra vez: *Alégrate, Israel, festejen este día, todos los que lo aman. Alégrese los que confían en él, para que beban y se llenen de su consolación (Is 66,10-11).*

Recordar la Palabra de Dios

51. Preocupémonos por mantener lo leído y aprendido en las Escrituras, y perseveremos en su meditación⁶⁷, según está escrito: *El hombre será saciado con el fruto de su boca (Pr 13,2) y se le dará el premio de su trabajo (Sb 10,17).* Esto es lo que nos conduce a la vida eterna, lo que nos legó nuestro Padre, ordenándonos que lo meditáramos incesantemente⁶⁸. Para que se cumpla en nosotros lo que está escrito: *Estas palabras que hoy te mando estarán en tu corazón y en tu alma, las enseñarás a tus hijos, y las dirás*

⁶⁷ Sobre la importancia de la lectura y la meditación, ver la nota 50 de la *Introducción*.

⁶⁸ Cf. *Pachomiana*, Praec. 3; p. 14; 11; p. 16; 28; p. 20; etc.

cuando estés en tu casa, caminando por la calle, al acostarte y al levantarte. Las escribirás como una señal en tu mano, y estarán perpetuamente ante tus ojos. Las escribirás en las vigas de tu casa y sobre las puertas (Dt 11,18-20), para que aprendas a temer al Señor todos los días de tu vida (Dt 4,10). Salomón quiso expresar lo mismo cuando dijo: *Escribe estas cosas en tu corazón* (Pr 3,3).

Aprovechar los años de la juventud

52. Consideren con cuántos testimonios nos exhorta el Señor a la meditación de las santas Escrituras, para que lo que repetimos con la boca lo poseamos con la fe. *Se sentará solo y callará, porque llevará sobre sí el yugo* (Lm 3,27-28); *ofrecerá la mejilla al que lo golpea, estará lleno de oprobios, pero el Señor no lo rechazará para siempre* (Lm 3,30-31). En otro lugar está escrito: *Recordé la piedad de tu infancia* (Jr 2,2), y también: *Alégrate, joven, en tu adolescencia, y exulte tu corazón en los días de tu juventud; marcha por los caminos de tu corazón sin mancharte, en mi presencia, y sabrás que por todas estas cosas el Señor te lleva al juicio. Aleja el enojo de tu corazón y la malicia de tu carne, porque la indolencia y la necedad son vanidades* (Qo 11,9-10). *Acuérdate de tu creador, en los días de tu adolescencia, antes que vengan los días malos y lleguen los años en los cuales dirás: “No los amo”; y se oscurezcan el sol y la luz, la luna y las estrellas; y que vuelvan las nubes después de la lluvia; en el día en que tiemblan los guardianes de la casa, se doblan vencidos los hombres vigorosos; cuando las mujeres dejan de moler, porque declina la luz de las ventanas, y está cerrada la puerta sobre la calle; cuando cesa el ruido del molino y cuando calla la voz del pájaro y cuando terminan las canciones, cuando se teme la subida y hay miedo en el camino. Pero el almendro sigue en flor, y la langosta está repleta y el arbusto da su fruto, mientras el hombre se va a su morada eterna. Los que lloran se acercan por la calle; antes que el hilo de plata se corte, que la lámpara de oro se quiebre, que la jarra se rompa en la fuente, que la polea sobre el pozo se corte; y que el polvo vuelva a la tierra como vino, y el espíritu vaya a Dios que lo ha dado* (Qo 12,1-7). También está escrito en el Evangelio: *Amigos, ¿Tienen pesca? Echen la red a la derecha de la nave y recogerán* (Jn 21,5-6), y otra vez: *Todos los niños y los jóvenes, que desconocen el bien y el mal, entrarán en la buena tierra* (Dt 1,39). Y otra vez: *Todo varón primogénito será consagrado al Señor* (Lc 2,23; cf. Ex 13,2. 12. 15), y en el Evangelio: *El niño crecía y adelantaba en la presencia de Dios y de los hombres* (Lc 2,52; cf. 1 S 2,26), También Josué, el segundo de Moisés, era joven, y no salía de la tienda de Dios (Ex 33,11). Sobre David hallamos escrito lo siguiente: *Era un joven rubio, de ojos agradables* (1 S 16,12). Timoteo, todavía niño y adolescente, conocía las sagradas Letras, para llegar por su medio a la fe del Señor y Salvador (cf. 2 Tm 3,15), y sabemos de Daniel que había sido instruido (cf. Dn 1,4), por ello se le llama varón de deseos (cf. Dn 9,23; 10,11. 19). José era muy amado por su padre, porque lo obedecía, y a los 17 años consideraba sus mandatos como la ley de su vida (cf. Gn 37,2. 3. 14).

Admonición final

53. He reproducido todo esto para que, considerando las vidas de los santos, *no seamos llevados de aquí para allá por la variedad de doctrinas* (Ef 4,14); sino que nos esforcemos y tengamos a su vida como ejemplo y propósito de nuestra vida, para ser *el pueblo elegido de Dios* (cf. Dt 7,6; 14,2; 26,18). *No contristemos al Espíritu Santo, en el que hemos sido marcados en el día de nuestra redención* (Ef 4,30). *No lo extinguamos en nosotros, no despreciemos las profecías* (cf. 1 Ts 5,19-20): no sea que impidamos habitar en nosotros al Espíritu Santo que lo desea (cf. Rm 8,11). No temamos a nadie, sino tan solo a Dios (Pr 7,1), que es vengador y juez de todas las acciones, y *es santo con los santos e inofensivo*

con los inocentes (cf. *Sal* 17[18],26), y dice: *Amo a los que me aman, y los que me buscan encontrarán la alegría* (*Pr* 8,17). En otro lugar dice: *Si vinieran contra mí, los malos, yo iré contra ustedes, malamente* (*Lv* 26,23-24).

54. No nos airemos unos contra otros (cf. *Qo* 7,10). Aunque nos venga la ira, no pequemos por ello (cf. *Sal* 4,5), haciendo penitencia antes de la puesta del sol (cf. *Ef* 4,26). Recordemos que es un precepto el perdonar cada vez al que nos ofende (cf. *Mt* 18,21-22; *Lc* 17,4), y *dejar nuestra ofrenda ante el altar* (cf. *Mt* 5,23-24), la cual no será recibida si no se hace agradable con la reconciliación, para que podamos decir: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (*Mt* 6,12). El Apóstol manda: *Si alguno tiene una queja contra otro, haga como Cristo, que nos perdonó* (*Col* 3,13). Imitemos la mansedumbre de todos los santos, y la de David, sobre todo, de quien está escrito: *Acuérdate, Señor, de David y de su mansedumbre* (*Sal* 131[132],1), y la de Moisés, de quien leemos que *fue manso sobre la tierra* (cf. *Nm* 12,3). El Señor también habla en el Evangelio sobre los mansos y humildes: *Felices los mansos, porque ellos poseerán la tierra* (*Mt* 5,4). Es nota de gran sabiduría poseer la mansedumbre y escuchar aquello de: *Obra sabiamente, hijo, para que se alegre mi corazón* (*Pr* 27,11), y otra vez: *Sean imitadores de Dios, como hijos carísimos* (*Ef* 5,1) Y: *Sean perfectos como su padre, que está en los cielos, es perfecto* (*Mt* 5,48). Y en otra parte dice: *Sean santos, porque yo soy santo, dice el Señor* (*Lv* 11,44; 19,2).

55. Al leer estos argumentos, sembremos en nosotros la justicia; para recoger el fruto de la vida (cf. *Pr* 11,18). Iluminémonos con la luz de la sabiduría, porque es tiempo ya de conocer a Dios, hasta que llegue a nosotros *el fruto de la justicia* (*St* 3,18). *Este es el tiempo propicio, el día de salvación* (2 *Co* 6,2), y es verdad lo que está escrito: *La perfección de la ley es el amor* (*Rm* 13,10). Juan dice lo mismo: *Recibimos del Padre este mandamiento: que nos amemos unos a otros* (2 *Jn* 4-5), y: *El que ama a Dios, ama a su prójimo* (1 *Jn* 4,21). *No como Caín, que era del Maligno, y mató a su hermano. ¿Por qué lo mató? Porque sus obras eran malas y las de su hermano buenas. No nos admiremos, hermanos, si el mundo nos odia: sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos* (1 *Jn* 3,12-14). *Así que amémonos mutuamente* (1 *Jn* 4,7).

56. Les hablaré todavía con más audacia, hijos amadísimos, porque el Señor me confió el rebaño (que sigue) la forma de vida de ustedes y la santa comunidad. *No cese de enseñarles con lágrimas y de exhortarlos a cada uno* (*Hch* 20,31), *para que agraden a Dios* (1 *Ts* 4,1). *No les oculté nada de lo que me pareció útil para ustedes* (*Hch* 20,20. 27), puesto que les dije: *Los encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, porque Él puede edificarlos y darles la herencia con los santos* (*Hch* 20,32). Estén atentos, esfuércense con toda solicitud y cuidado para no olvidar su propósito; sino que cumplan lo que saben que han prometido. *Yo llego a mi fin, se acerca el tiempo de mi partida*⁶⁹; *luché la buena lucha, finalicé la carrera, conservé la fe. Sólo me queda ahora por recibir la corona de justicia, que el Señor, justo juez, me dará en el último día no solo a mí, sino a todos los que amaron su justicia* (2 *Tm* 4,6-8) y cumplieron los mandamientos del Padre. *Aquí concluyo, escuchen todo lo que he dicho. Teme a Dios y guarda sus mandamientos. Porque así es el hombre: la totalidad de sus obras llevará Dios al juicio, en presencia de todos, sean buenas, sean malas* (*Qo* 12,13-14).

⁶⁹ Esta frase permite concluir que el “Liber Orsiesii” fue escrito -o mejor dicho, dictado- en los últimos momentos del anciano sucesor de Pacomio.